

**EL PROBLEMA DE COMO
INVESTIGAR LA REALIDAD
PARA TRANSFORMARLA
POR LA PRAXIS**

por
ORLANDO FALS BORDA

T
—
m
EDITORES



EDITORES

• **TERCER MUNDO S.A. SANTAFÉ DE BOGOTÁ**
TRANSV. 2a. A. No. 67-27, TELS. 2550737 - 2551539, A.A. 4817, FAX 2125976

portada de felipe valencia

séptima edición: marzo de 1994
primera reimpresión: mayo de 1994
segunda reimpresión: junio de 1997

© tercer mundo editores

ISBN 958-601-017-1

preparación litográfica,
 impresión y encuadernación:
tercer mundo editores

impreso y hecho en colombia
printed and made in colombia

Contenido

| | Página |
|--|--------|
| Presentación | 9 |
| Introducción | 11 |
| Ciencia y realidad | |
| 1. Sobre la causalidad | 15 |
| 2. Sobre la constatación del conocimiento | 18 |
| 3. Sobre el empirismo | 20 |
| 4. Sobre la realidad objetiva | 21 |
| 5. Sobre los conceptos | 23 |
| 6. Sobre la ciencia social crítica | 25 |
| La praxis y el conocimiento | 27 |
| Saber popular y acción política | 32 |
| 1. Sobre el sentido común | 34 |
| Sobre la ciencia del proletariado | 42 |
| Sobre el sujeto y el objeto del conocimiento | 46 |
| Bibliografía | 56 |
| Comentario a la ponencia de Orlando Fals Borda (Heinz Moser) | 58 |
| Comentario a la ponencia de Orlando Fals Borda (Aníbal Quijano) | 71 |
| Los problemas en la definición de una alternativa | 76 |
| Post scriptum (Orlando Fals Borda) | 83 |
| La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación-acción (participativa) | 87 |
| I | |
| BASES GENERALES | 88 |
| Concepto de ciencia | 89 |

| | |
|---|----|
| Niveles de producción del conocimiento: dominante y emergente | 89 |
| Concepto de ciencia popular | 91 |
| Ciencia e interés de clase | 92 |
| Ciencia y poder político | 93 |

II

ENSEÑANZAS DE LA INVESTIGACION-ACCION PARTICIPATIVA (IAP)

94

| | |
|---|-----|
| Aportes del saber popular | 94 |
| Metodología (1): Autenticidad y compromiso..... | 96 |
| Metodología (2): Antidogmatismo..... | 97 |
| Metodología (3): Devolución sistemática | 98 |
| Metodología (4): Reflujo a intelectuales orgánicos..... | 102 |
| Metodología (5): Ritmo, reflexión-acción..... | 104 |
| Metodología (6): Ciencia modesta y técnicas dialógicas .. | 104 |

III

ENSEÑANZAS DE COYUNTURAS REVOLUCIONARIAS

105

| | |
|--|-----|
| El Proletkult | 106 |
| La inteligencia rural | 107 |
| La revolución cultural | 109 |
| Excesos de la ortodoxia política | 111 |

IV

EL RETO DEL CONTROL INSTRUMENTAL

112

| | |
|--|-----|
| Impacto de la cultura masiva | 113 |
| La región: valores sustanciales y marginales | 114 |
| Papel de minorías orgánicas especializadas..... | 116 |
| La universidad en diáspora | 117 |
| Bibliografía | 119 |

PRESENTACION

La figura y las ideas de Orlando Fals Borda, el más notable sociólogo colombiano, ya son parte integral de nuestra historia contemporánea. Sea por sus libros sobre problemas básicos, o por sus experimentos de investigación-acción como los descritos en este libro, Fals Borda ha dejado una marca importante en el desarrollo de las disciplinas sociales y en la política nacional.

Su teoría de la subversión como proceso moral y político, que fue presentada primero en un libro de esta editorial en 1967, se ha incorporado a la sociología universal. Esta teoría pasó a primer plano a raíz de los dramáticos acontecimientos de comienzos de este año, cuando fue aprehendido, según parece, en la presunción de que era uno de los ideólogos de la subversión armada en Colombia.

Su integridad y entereza como intelectual crítico tuvieron que ser respetadas en esa dura prueba, que lo acrisoló como pensador y como científico. Así y todo, el diario Arbeiter-Zeitung de Viena, al dar cuenta de esos hechos, lo señalaba justamente, como “uno de los sociólogos latinoamericanos más creadores e imaginativos”.

El estudio que hoy publicamos es una reflexión sobre esta teoría aplicada en la práctica al contexto rural colombiano, entre 1970 y 1975. Trabajo polémico, lleno de altibajos, triunfos y fracasos, como es de esperarse, y como él mismo lo admite. Según el comentario del conocido sociólogo peruano Aníbal Quijano, esta exposición de Fals Bor-

da en el Simposio Internacional de Cartagena sobre Investigación-Acción, "constituye uno de los más significativos momentos de la histórica ruptura actual, cuando se busca afirmar el camino encontrado en las ciencias sociales e históricas, para hacerlas más útiles al cambio radical de las sociedades". Es, en efecto, un raro ejemplo de crítica y autocritica bien hecha, en las izquierdas continentales.

Tercer Mundo se complace en reproducir esta obra que, seguramente, será muy útil no sólo en los medios universitarios, sino en los políticos, y para todos aquellos que quieren profundizar en el problema de cómo combinar la teoría social con la práctica revolucionaria.

Bogotá, febrero de 1984

INTRODUCCION

Son relativamente pocas las ocasiones de confrontar directamente, en el curso de la vida, procesos fundamentales de transformación social. Es nuestro privilegio, como generación, la de vivir este proceso hoy día, y hacerlo con las ventajas y desventajas que ofrece el desarrollo contemporáneo. Es también nuestra responsabilidad, como pertenecientes a una comunidad de científicos, el saber interpretar esta transformación y derivar datos adecuados a entenderla para ayudar a construir el futuro.

Cómo combinar precisamente lo vivencial con lo racional en estos procesos de cambio radical, constituye la esencia del problema que tenemos entre manos. Y éste, en el fondo, es un problema ontológico y de concepciones generales del que no podemos excusarnos. En especial, ¿qué exigencias nos ha hecho y nos hace la realidad del cambio en cuanto a nuestro papel como científicos y en cuanto a nuestra concepción y utilización de la ciencia? Porque, al vivir, no lo hacemos sólo como hombres, sino como seres preparados para el estudio y la crítica de la sociedad y el mundo.

Nuestras herramientas especiales de trabajo han sido y son mayormente los marcos de referencia y las técnicas con las que sucesivas generaciones de científicos han intentado interpretar la realidad. Pero bien sabemos que es-

tas herramientas de trabajo no tienen vida propia, sino que toman el sentido que les demos, con sus respectivos efectos en variados campos de la vida y del conocimiento. De allí que no podamos desconocer el impacto social, político y económico de nuestros trabajos, y que, en consecuencia, debamos saber escoger, para nuestros fines, aquello que sea armónico con nuestra visión de la responsabilidad social. Asimismo se satisface también nuestra vivencia.

Estos problemas filosóficos, de concepción del trabajo y de articulación teórica, se han sentido de manera constante y, a veces, angustiosa, en la experiencia colombiana que un número de investigadores sociales hemos vivido y tratado de racionalizar en los últimos años (1970-1976). El que sólo ahora se pueda articularlos con alguna especificidad es, en sí mismo, parte del proceso viverial-racional que hemos recorrido. Ello no es demostración alguna de que hayan quedado resueltos o superados los problemas descritos; pero, consecuentes con nuestras ideas, queremos compartir estas preliminares reflexiones —que son también un balance de nuestra experiencia— en aras de una discusión que se nos sigue haciendo necesaria e inevitable. Es ya una discusión a escala mundial, porque las preocupaciones aquí esbozadas sobre el caso colombiano se multiplican casi dondequiera que se ha intentado, desde hace varias décadas, promoviendo conscientemente cambios revolucionarios, para verlos luego frustrados o tomando direcciones inesperadas o contrarias. Se trata, pues, de un problema teórico-práctico de suma gravedad y urgencia.

No es indispensable detallar la naturaleza de la experiencia colombiana de “investigación-acción” (“estudio-acción”) que es tema de la parte específica de este trabajo, ya que ha sido motivo de varias publicaciones y amplia controversia nacional e internacional (1). Para fines del presente estudio, baste con señalar, a grandes rasgos, las siguientes características pertinentes:

1. El esfuerzo de investigación-acción se dirigió a comprender la situación histórica y social de grupos obreros, campesinos e indígenas colombianos, sujetos al impacto de la expansión capitalista, es decir, al sector más explotado y atrasado de nuestra sociedad.
2. Este trabajo implicó adelantar experimentos muy preliminares, o sondeos, sobre cómo vincular la comprensión histórico-social y los estudios resultantes, a la práctica de organizaciones locales y nacionales conscientes (gremiales y/o políticas) dentro del contexto de la lucha de clases en el país.
3. Tales experimentos o sondeos se realizaron en Colombia en cinco regiones rurales y costaneras y en dos ciudades, con personas que incluían tanto profesionales o intelectuales comprometidos en esta línea de estudio-acción como cuadros a nivel local, especialmente de gremios.
4. Desde su iniciación, el trabajo fue independiente de ningún partido o grupo político, aunque durante el curso del mismo se realizaron diversas formas de contacto e intercambio con aquellos organismos políticos que compartían el interés por la metodología ensayada.

Además, con esta experiencia se trató de responder, en la práctica, a la inquietud que el autor había hecho en años anteriores (desde 1967) sobre el "compromiso" de los científicos colombianos (y de los intelectuales en general) ante las exigencias de la realidad del cambio social.

Aunque estos ensayos de investigación-acción no fueron siempre coherentes y padecieron de inevitables errores, destacaron pautas que merecen recogerse y analizarse. Generaron fracasos y altibajos; incomprendiciones y persecuciones; estímulos y polémicas. Por lo mismo conviene evaluar la experiencia resultante para medir lo que representa dentro del proceso de transformación radical que es el sino de nuestra generación y también de las que siguen. Porque el tratar de vincular el conocimiento y la acción —la teoría y la práctica—, como en el castigo de Sí-

sivo es un esfuerzo permanente e inacabado de comprensión, revisión y superación sobre una cuestión sin fin, difícil

y llena de troniezos. Es la cuestión que el hombre ha venido transitando desde que el mundo es mundo.

Para evitar discusiones innecesarias, conviene establecer desde el principio las bases gnoseológicas del presente trabajo, que pueden resumirse de la siguiente manera:

1. El problema de la relación entre el pensar y el ser — la sensación y lo físico — se resuelve por la observación de lo material que es externo a nosotros e independiente de nuestra conciencia; y lo material incluye no sólo lo constatable de la naturaleza sino también las condiciones fundamentales, primarias, de la existencia humana.
2. El problema de la formación y reducción del conocimiento no se resuelve diferenciando los fenómenos de las cosas-en-sí, sino planteando la diferencia entre lo que es conocido y lo que todavía no se conoce. Todo conocimiento es inacabado y variable y queda sujeto, por lo mismo, al razonamiento dialéctico; nace de la ignorancia, en un esfuerzo por reducirla y llegar a ser más completo y exacto.
3. El problema de la relación entre el pensar y el actuar se resuelve reconociendo una actividad real de las cosas a la cual sólo se adviene por la práctica que, en este sentido, es anterior a la reflexión; allí se demuestra la verdad objetiva, que es la materia en movimiento.
4. El problema de la relación entre forma y contenido se resuelve planteando la posibilidad de superar su indiferencia por la práctica y no sólo por el comportamiento intuitivo o contemplativo; toda cosa se da como un complejo inextricable de forma y contenido, de allí que la teoría no pueda separarse de la práctica, ni el sujeto del objeto.

..La pauta que conecta .., Gregory Bateson.

14

Ciencia y realidad

Como el escavador montañés sostiene
que se siente se siente se siente
de una cuerda
de una cuerda
con un hacha

una lectura hecha desde
lectores que fa
trabajo

— Aunque fue en 1970 cuando se concibieron formalmente los trabajos de campo entre obreros, campesinos e indígenas, colombianos en la modalidad de la investigación-acción, ya desde antes se venían experimentando dificultades teóricas y metodológicas: no satisfacían ni los marcos de referencia ni las categorías vigentes en los países de Europa y los Estados Unidos. Muchos los hallábamos en buena parte inaplicables a la realidad existente, vinculados ideológicamente por defender los intereses de la burguesía dominante, y demasiado especializados o parciales.

— Sin entrar a discutir las razones de este rechazo — que son motivo de otros ensayos y que, en general, se conocen ya bastante en la literatura científica reciente (Socorro, Franco y Jutkowitz, 1976; Cortés, 1970; Quiñano,

1973: 45-48; Graciarena, 1974; Bottomore, 1975) — la experiencia acumulada en los últimos años indica que había causas profundas de este rechazo relacionadas con los conceptos de ciencia y todo que se estaban manejando. Buscar conceptos de ciencia y todo que se estaban manejando y que, en este momento crucial, no se alcanzaban a ver todavía en toda su magnitud y trascendencia. Estudiaremos ahora algunas de estas implicaciones.

1. Sobre la causalidad

• Recordemos una vez más cómo se había insistido en los textos y en las aulas que la sociología podría ser ciencia natural positiva, pautada al estilo de las ciencias exactas, en la que se debían cumplir las reglas generales de método científico de investigación. Estas reglas son las que en su día le había transferido Durkheim a las ciencias experimentales — que había popularizado Pearson, más recientemente Popper dentro de esquemas fijos de acumulación científica, validez, confiabilidad, inducción,

→ **BIBLIOGRAFÍA**

deducción (Durkheim, 1875; Pearson, 1892; Popper, 1959). En esencia, se creía que el mismo concepto de causalidad podía aplicarse así en las ciencias naturales como en las sociales, es decir, que había causas reales análogas tanto en una como en otras y que éstas podían descubrirse de manera independiente por **observadores** idóneos, aunque de manera experimental o controlada.

El trabajo de campo realizado en las **regiones escogidas**, especialmente en la primera etapa, reflejó esta orientación positivista, que se expresó de manera consciente —en cuanto a la aplicación de algunas técnicas formales— y también inconscientemente, porque los procedimientos salían desde su origen condicionados por el **paradigma positivista**, sin caer en cuenta de sus posibles consecuencias deformantes para el análisis (3).

Las principales perplejidades que fueron rompiendo el paradigma normal conocido, surgieron del estudio de los movimientos sociales: éstos, según los cánones positivistas, pueden ser respuestas a impulsos aplicados en determinados sectores del sistema social; o son efecto de situaciones patológicas susceptibles de mejoramiento en sus fuentes, que pueden ser individuales o grupales. Así se justificaban teóricamente campañas de reforma social propiciadas por la burguesía dominante, como la acción communal, la defensa civil, la beneficencia y el reparto de tierras en granjas familiares, todo dentro del contexto político-social existente (1970-1976). (Pioneros, Chircales)

Pero el estudio más profundo e independiente de los

problemas económicos y sociales dejaba traslucir una red de causas y efectos sólo explicable a través de análisis estructurales que se salían de las pautas mecanicistas y organicistas acostumbradas, esto es, del paradigma vigente. No podían aplicarse allí los mismos principios causales de las ciencias naturales, evidentemente, porque la materia prima que se manejava pertenece a una categoría ontológica distinta, que tiene cualidades propias (4). Se confrontaban hechos y procesos de concatenación circular o espiral, en sistemas abiertos que iban alimentando su pro-

pio desarrollo y su propia dinámica, muchas veces como profecías que imponían mecanismos para su propia confirmación, en formas de causación no encontradas en la naturaleza, donde predominan sistemas cerrados y dentro del principio de la acción y reacción es más simple y directo (5). En todo caso, se vislumbraba un universo de acción vinculada a las causas que el paradigma vigente no anticipaba convenientemente, o que, más correctamente, dejaba en la penumbra del conocimiento.

Esta penumbra era, precisamente, lo más interesante para el trabajo, y exigía que se le dirigiera la atención. Al hacerse así, lo que pareció dibujarse en ella fue un reflejo del principio hegeliano: "El viviente no deja que la causa alcance su efecto" (Hegel, 1974: II, 497-498). De modo que a las anteriores dimensiones conocidas de multicausalidad, circularidad y autoconfirmación en lo social se añadía, entonces, otro elemento de volición que llevaba a tomar en cuenta lo fortuito o lo aleatorio en el hombre, especialmente en situaciones de coyuntura como las que se experimentaban en las regiones escogidas para la experimentación activa.

No se trata aquí de un azar ciego y mecánico sujeto a reglas matemáticas en un universo homogéneo, como se aplica en las ciencias exactas; sino de un elemento aleatorio humano condicionado por tendencias anteriores o limitado a cierta viabilidad dentro de opciones de acción. Como en lo social el antecedente inmediato de la acción es volitivo, la acción no va determinada en sentido único, si no en el cual adquiere sentido (6). La determinación múltiple, con ese abanico de opciones dentro de una coyuntura (posibilidades que se cierran al abrirse otras), explicaría por qué la historia no se repite, por qué sus procesos no son inevitables, excepto quizás en formas muy largas y lentas. Dentro de una tendencia histórica o proceso de mediano o corto plazo, todo es posible: la determinación múltiple y la volición hacen que ocurran vaivenes, como los avances, saltos y retrocesos que se observaban

en la realidad de las regiones. De allí la incidencia de protagonistas concretos y los giros singulares que éstos imponían en las campañas de los grupos regionales de base. Así se entendía también la naturaleza última de la relación entre lo táctico y lo estratégico —la construcción consciente de la historia hacia el futuro—, problema que surgía en el trabajo de campo de manera cotidiana, pero sin poderlo entender bien, y mucho menos manejar, en todas sus implicaciones.

Toda esta problemática de la causalidad fue llevando a cuestionar la orientación del trabajo regional y las herramientas analíticas disponibles. Hasta allí se había procedido de manera rutinaria. La experiencia fue indicando que la validación de los efectos del trabajo sólo podía hacerse, de manera definitiva, mediante el criterio de la acción concreta, esto es, que la causa última tenía una dimensión teórico-práctica. Lo aleatorio de la acción social que se veía día a día, quedaba al fin y al cabo sujeto al marco de la praxis, como explicaremos más adelante.

2. Sobre la constatación del conocimiento

Otro resquebrajamiento del paradigma normal se produjo con la transferencia de la noción sobre constatación científica, de las ciencias naturales a las sociales.

Un primer aspecto fue el de la observación experimental. A diferencia del observador naturalista, se sabe que en las disciplinas sociales el observador forma parte del universo por observar. Esta condición especial había sido oscurecida por los cánones positivistas sobre la “objetividad” y la “neutralidad” en la ciencia, con la consecuencia de que algunas técnicas de campo como la “observación participante” y la “observación por experimentación” (muy conocida entre antropólogos) tendían a conservar las diferencias entre el observador y lo observado. Además, tales técnicas “neutrales” dejaban a las comuni-

dades estudiadas como víctimas de la explotación científica (7).

Como una posible alternativa, desde antes se había propuesto la "inserción en el proceso social". En este caso se exigía del investigador su plena identificación con los grupos con los cuales entraba en contacto, no sólo para obtener información fidedigna, sino para contribuir al logro de las metas de cambio de esos grupos. Se diferenciaba así esta técnica de las anteriores en que se reconocía a las masas populares un papel protagonista, con la consiguiente disminución del papel del intelectual-observador como monopolizador o contralor de la información científica (Mao, 1968: III, 119).

En segundo lugar, aunque el propósito del trabajo investigativo era obtener y entender mejor la ciencia y el conocimiento a través del contacto primario con los grupos populares de base, como fuente promisoria, los resultados de esta variación en el paradigma resultaron decepcionantes. La inserción del investigador en el proceso social implicó la subordinación de aquél a la práctica política condicionada por intereses inmediatos, y el conocimiento alcanzado fue más de perfeccionamiento y confirmación de éste, que de innovación o descubrimiento. Aunque, como veremos más adelante, el sentido común o saber popular es valioso y necesario como fundamento de la acción social, no se vio cómo podía articularse éste al conocimiento científico verificable que se buscaba, para orientar las campañas de defensa de los propios intereses populares.

Finalmente se advirtió que el conocimiento científico verificable resultaba más bien de las abstracciones que se hacían en seminarios cerrados y de las discusiones que se sostenían entre colegas del mismo nivel intelectual, así como del propio estudio de la literatura crítica. En esto no se descubrió nada nuevo, aunque las expectativas iniciales sobre las posibilidades de derivar conocimiento científico directamente del contacto con las bases habían sido grandes. Volveremos a este tema cuando tratemos las "categorías mediadoras específicas" y el papel de los grupos populares de referencia.

3. Sobre el empirismo

La práctica permitió constatar también que el investigador consecuente puede ser al mismo tiempo sujeto y objeto de su propia investigación y experimentar directamente el efecto de sus trabajos (véase la parte final de este estudio); pero tiene que enfatizar uno u otro papel dentro del proceso, en una secuencia de ritmos en el tiempo y el espacio que incluyen acercarse y distanciarse de las bases, acción y reflexión por turnos (8). Al buscar la realidad en el terreno, lo que le salva de quedar por fuera del proceso es su compromiso con las masas organizadas, es decir, su inserción personal. Las masas, como sujetos activos, son entonces las que justifican la presencia del investigador y su contribución a las tareas concretas, así en la etapa activa como en la reflexiva.

No podía, pues, haber lugar en este trabajo a la experimentación social tradicional para hacer ciencia e interpretar la realidad, en tales condiciones, sino al envolvimiento personal y la inserción por ritmos. Las técnicas quedaban subordinadas a las lealtades a los grupos actuantes y a las necesidades del proceso: resultó importante tener conciencia de "para quién" se trabajaba. Así, no se rechazaron técnicas empíricas de investigación usualmente cobijadas por la escuela clásica, como la encuesta, el cuestionario o la entrevista, por ser positivistas (sólo los grupos extremistas confundieron erróneamente el empirismo con el positivismo); sino que recibieron un nuevo sentido dentro del contexto de la inserción con los grupos actuantes. Por ejemplo, no podía haber lugar a la distinción tajante entre entrevistador y entrevistado que dictaminan los textos ortodoxos de metodología: había que transformar la entrevista en una experiencia de participación y consenso entre el dador y el recibidor de la información, en la cual ambos se identificaron en cuanto a la necesidad y fines compartidos de esa experiencia. Por eso, en el texto mimeografiado que se preparó en 1974 ("Cuestio-

nes de metodología”, ya citado), se dedica un capítulo a las técnicas empíricas de medición estadística, conteo, análisis y organización del material, que se juzgaron necesarias para comprender la realidad a nivel local y regional.

Este esfuerzo de participación en el estudio puede denominarse empírico en el buen sentido, esto es, busca ajustar herramientas analíticas a las necesidades reales de las bases y no a las de los investigadores (9). Así, obviamente las técnicas desarrolladas por las ciencias sociales tradicionales no todas resultan de rechazar (como algunos pretendieron), sino que pueden utilizarse, perfeccionarse y convertirse en armas de politización y educación de las masas. Que esto es posible, la experiencia colombiana en inserción (y en “autoinvestigación” como veremos más adelante) también tiende a demostrarlo. Pero hay que colocar en su contexto conformista, y reconocer sus limitaciones, a aquellas técnicas empíricas derivadas del paradigma normal que cosifican la relación social, creando un perfecto divorcio entre sujeto y objeto de investigación, es decir, manteniendo la asimetría en las relaciones entre entrevistador y entrevistado (como en las encuestas de opinión). Más aún: se admite ya que deben rechazarse tales técnicas, cuando estos ejercicios se convierten en armas ideológicas a favor de las clases dominantes, y en formas de represión y control de las clases pobres y explotadas, como sigue ocurriendo con frecuencia.

4. Sobre la realidad objetiva

Las pautas positivistas habían exigido “cortes seccionales” como aproximaciones a la realidad, de nuevo en ilógica imitación de las técnicas de muestreo muy desarrolladas en las ciencias exactas. Así se derivaban “hechos” mensurables con los cuales se reconstruía mentalmente, pedazo a pedazo, el mosaico de la sociedad.

Sin negar la importancia de la mensura en lo social

cuando ésta se justifica, en el terreno pudo verse cómo estos "hechos" quedaban amputados de su dimensión temporal y procesual. Pero esta dimensión temporal era parte fundamental de la propia realidad de los "hechos" observados. Era su porción dinámica, viva, la que precisamente debía comandar el mayor interés: porque corría ante los ojos de los investigadores la realidad objetiva de materia y movimiento que buscan los científicos como causa final de las cosas (10).

La realidad objetiva aparecía como "cosas-en-sí" que se movían en la dimensión espacio-tiempo y que venían de un pasado histórico condicionante. Se convertían en "cosas para nosotros" al llegar al nivel del entendimiento de los grupos concretos, tales como los de la base en las regiones. Así ocurrió con conceptos generales conocidos, como "explotación", "organización" e "imperialismo", por ejemplo, que, entendidos empíricamente o como sensaciones individuales por campesinos e indígenas, pasaban a ser reconocidos racionalmente y articulados ideológica y científicamente, por primera vez por ellos, en su contexto estructural real. Uno de los dirigentes campesinos que plasmaron formalmente su ideología, logró explicar en términos de "lucha inconsciente de clase" determinadas pautas tradicionales de la conducta de los terrajeros a cuya clase pertenecía. Y el recuerdo de la organización campesina que se había dado en una región hacia casi medio siglo, resurgió como "cosa para nosotros", una vez que se tradujo al contexto de las confrontaciones actuales y los viejos luchadores fueron recolocados en el proceso histórico vivo.

Esta transformación de "cosas en sí" en "cosas para nosotros", según Lenin, "es precisamente el conocimiento" (Lenin, 1974: 110, 111, 179) (11). El nivel de conocimiento de la realidad objetiva en las regiones donde se trabajó subió algo, gracias a esta transformación. No subió más porque este esfuerzo de búsqueda y creación de conocimiento quedó frustrado, en parte, por la utilización consciente o inconsciente del aparato conceptual del paradigma vigente. De allí que todo el sentido de la implica-

ción de aquella transformación de “cosas en sí” en “cosas para nosotros” para entender la realidad objetiva, sólo vino a esclarecerse cuando se cuestionaron asimismo las ideas tradicionales que había sobre la vigencia de leyes, la función de conceptos y el uso de definiciones en la ciencia. Aquel principio de aleatoriedad condicionada con el cual re-examinamos los procesos causales, no fue poco para transformar ideas fijas sobre lo heurístico y el armazón conceptual de la ciencia social, como veremos en seguida.

5. Sobre los conceptos

Con frecuencia tendemos a absolutizar las leyes y los conceptos y a convertir las definiciones en dogmas, esto es, a hacer de la teoría un “fetiche” como objeto de culto supersticioso y excesivo. Así ocurrió en las experiencias descritas con el resultado de que se oscurecía o deformaba la realidad. No fueron pocos los casos en los cuales los investigadores, por falta de claridad en los marcos de referencia y rigidez conceptual y de métodos, querían ver en el terreno, como con vida propia, leyes tales como la de la “reproducción ampliada en la expansión capitalista” y la de la “correspondencia entre estructura y superestructura”; o aplicar fácilmente conceptos complejos como autogestión y colonialismo; o confirmar definiciones amplias como las de sector medio, latifundio y dependencia, para hallar que, naturalmente, salieron mediatizadas, incompletas, deformes y, a veces, contradichas en la práctica. En el caso de las definiciones, muchas resultaron tautológicas, es decir, imposibles de concebir sin sus componentes reales dados, con lo cual poco se ganó en poder de análisis (12).

Esta mala situación teórica se empeoró por el efecto obsesivo de los slogans y las doctrinas prefabricadas, con su propio juego de leyes, conceptos y definiciones absolutas, que como fetiches saltaban también en los movimientos populares y políticos en las regiones estudiadas. Resultaba demasiado fácil adoptar interpretaciones de otras

épocas, formaciones sociales y coyunturas políticas distintas a las que en realidad se encontraban. Y esto a la larga no podía ser positivo ni para ganar conocimiento ni para una acción política eficaz, lo cual es ampliamente aceptado (13).

Pero no estamos constatando aquí nada nuevo: en efecto, los conceptos, las definiciones y las leyes, aunque necesarios para ligar la realidad observada a la articulación intelectual, es decir, para fundamentar las representaciones de la realidad, tienen un valor limitado y circunscrito a contextos determinados para explicar eventos y procesos. Decía Rickert: “De los conceptos no podemos recoger y sacar más que lo que hemos puesto en ellos” y, con ellos, “no podemos hacer otra cosa que echar puentes sobre el río caudaloso de la realidad, por diminutos que sean los ojos de esos puentes” (Rickert, 1943: 69, 200; Hegel: II, 516, 700) (14). Marx ya había sugerido que cada período histórico puede tener sus propias leyes (15), y Lenin había escrito que “la ley no es más que una verdad aproximada” constituida por verdades relativas (16). La dogmatización debía quedar así proscrita de sus obras y de las de sus seguidores más consecuentes.

Así como no resultó conveniente esperar a trabajar con conceptos estables o permanentes que dieran siempre una descripción “correcta, completa y objetiva” de los hechos, hubo de buscarse soluciones teóricas alternas que permitiesen aproximarse mejor a la realidad para entenderla y transformarla. La respuesta más adecuada la ofreció el método dialéctico aplicado en pasos alternos y complementarios, así: 1) propiciando un intercambio entre conceptos conocidos o pre-conceptos y los hechos (o sus percepciones) con observaciones adecuadas en el medio social; 2) siguiendo con la acción a nivel de base para constatar en la realidad del medio lo que se quería conceptualizar; 3) retornando a reflexionar sobre este conjunto experimental para deducir conceptos más adecuados u obtener mejores luces sobre viejos conceptos o teorías que así se adaptaron al contexto real; y 4) volviendo a comenzar el ciclo de investigación para culminarlo en la acción. Estos pasos y ritmos podían ejecutarse *ad infinitum*, como

lo veremos otra vez en la sección dedicada a la praxis y el conocimiento (Hegel: I, 50).

Se sabe que esta forma de trabajar dialécticamente puede evitar que las categorías nuevas se vayan acomodando a formas viejas de pensamiento, lo cual es indispensable en la creación de nuevos paradigmas (Feyerabend, 1974: 38-40). Es lo que ocurre hasta en las ciencias naturales, pues allí también los datos van surgiendo condicionados al medio social en que se forman. Se apela entonces a planteamientos *ad hoc* que tratan de explicar las áreas no cubiertas por los paradigmas existentes o que dirigen la atención a las porciones oscuras de las explicaciones teóricas vigentes, que en muchos casos pueden ser extensas y significativas (Kuhn, 1970: 13, 83, 152, 153, 172; Bernal, 1976: I, 415, 417, 424, 427). En los casos colombianos muchos de estos planteamientos *ad hoc* se derivaron de un análisis preliminar del materialismo histórico —como veremos en seguida—; pero tratando de no dejarse esclavizar por sus conceptos más específicos o por sus definiciones más corrientes, aunque hubo el peligro de que algunos vieran allí un fatal “revisionismo”.

6. Sobre la ciencia social crítica

En este limitado esfuerzo por adquirir conocimiento válido y útil a la vez, surgió finalmente otro factor que no era nuevo, sino reiterativo: la dimensión del “hecho” como proceso histórico, que la realidad es un “complejo de procesos”. Reconfirmamos por enésima vez que, en lo social, no puede haber realidad sin historia: los “hechos” deben completarse con “tendencias”, aunque éstas sean categorías distintas en la lógica (17).

Como era de esperarse, las tendencias o procesos aparecían simplemente como actos sucesivos válidos para contextos inmediatos, que podían eslabonarse unos a otros para dar dirección a un cambio y sentido a una transformación social de mayor alcance. Había tendencia en las tomas de tierras, por ejemplo, hacia un desafío a fondo de

la estructura latifundista tradicional: y este desafío podía llevar, a su vez, a trastocar los basamentos del poder político local y regional. Siendo que estas tendencias venían del pasado (aunque, evidentemente, otras se iniciaron en estos años de experiencia), su comprensión no era posible sin adentrarse en la historia, y mucho menos se sentía nadie capacitado para proyectarlas al futuro sin entender lo que venía del ayer mediato e inmediato.

La adición definitiva de la historia en este esquema para comprender la realidad objetiva (una convicción que, en verdad, venía de mucho antes, desde los primeros estudios de Saucio en 1955 y Boyacá en 1957), terminó por romper el paradigma normal y la vigencia de la sociología positivista y académica. Ya no parecía posible transformar esta sociología académica, desde su interior, en instrumento revolucionario. La conocida en Colombia se había concebido en términos de los intereses conservadores de clase y de poder social y político de la burguesía dominante: ésta no podía suicidarse intelectualmente con su propio instrumento. En las regiones estudiadas se sentía la necesidad de contar con una sociología que fuese ante todo una ciencia social inspirada en los intereses de las clases trabajadoras y explotadas; se necesitaba de una "ciencia popular" como se definió al comienzo del trabajo, que fuera de mayor utilidad en el análisis de las luchas de clases que se advertían en el terreno, así como en la acción política y proyección futura de las clases trabajadoras como actores en la historia (más adelante volveremos a este punto fundamental).

En esta nueva ciencia social del pueblo y para el pueblo trabajador había necesidad de integrar diversas disciplinas: no era con la sociología sola ni ésta como fundamento general. Era el materialismo histórico, como filosofía de la historia, el que brindaba el punto culminante de la unificación, como se había demostrado en otras épocas y latitudes, por muchos estudiosos competentes (18). Con el materialismo histórico, como decía Lukacs, se estaba ya en capacidad de "revelar la esencia del orden social capitalista y atravesar con los fríos rayos de la ciencia los velos

puestos por la burguesía para encubrir la situación de la lucha de clases, la situación real": podía ser al mismo tiempo guía científica e instrumento de lucha (Lukacs, 1975: 91).

Las otras disciplinas que en este plano podían integrarse a la sociología y a la historia, eran la economía, la geografía, la psicología, la antropología, la ciencia política y el derecho, hasta llegar a redondear algo que se acerca a lo que se denominaba "economía política" en el siglo diecinueve; pero con los elementos de "teoría crítica" que Marx y Engels, como figuras cumbres, le añadieron en sus obras y en su propia acción política, elementos que retomaron otros científicos sociales, entre ellos algunos miembros de la "Escuela de Frankfurt" en las décadas de 1950 y 1960, así como marxistas de diversas nacionalidades desde hacia varias décadas. Se esbozaba así una "ciencia social crítica" que no era nueva, pero cuya necesidad actual llevaba a aplicarla con mayor intensidad y dedicación (Mandel, 1974: 61; Mansilla, 1970; Solari, et. al., 1976: 66, 67) (19).

No se logró en un primer momento, por los limitados grupos comprometidos en estos experimentos, articular coherentemente el paradigma alterno de la ciencia social crítica; pero pudieron barruntar aproximadamente por dónde podía andar el nuevo esfuerzo investigativo regional, basándose en experiencias e informaciones anteriores pertinentes de Colombia y otros países. A medida que se avanzaba, se vio que el reto para tales grupos era francamente epistemológico, puesto que había de entenderse a fondo las implicaciones teórico-prácticas y filosóficas de lo que se había llamado, con cierto entusiasmo ingenuo, "investigación-acción". Estas implicaciones y sus consecuencias son objeto de análisis en las secciones que siguen.

La praxis y el conocimiento

El rechazo del positivismo y de las técnicas "objetivas"

vas" de investigación inspiradas en el modelo conocido de la integración y el equilibrio social no podía dejar la orientación de los nuevos trabajos regionales en el vacío; esto hubiera equivalido a rechazar la ciencia misma. Había, pues, que sustituir la estructura científica inicial de los trabajos por otra más adecuada a las necesidades reales y a la naturaleza de las tareas investigativas concretas en esas regiones.

En la sección anterior se dieron indicaciones de cómo se fue formando un paradigma científico alterno en el campo de la metodología y en la concepción de la realidad. La adopción del materialismo histórico como guía científica e instrumento de lucha fue un paso en esta dirección. Pero la idea central alrededor de la cual cristalizó lo que pudiera considerarse como base del paradigma alterno, fue la posibilidad de crear y poseer conocimiento científico en la propia acción de las masas trabajadoras: que la investigación social y la acción política con ella, pueden sintetizarse e influirse mutuamente para aumentar tanto el nivel de eficacia de la acción como el entendimiento de la realidad (Fals, 1976: 55, 58, 66, 67, 73, 74; Fundación Rosca, 1972: 44-50; Stavenhagen, 1971: 339; Moser, 1976: 357-368) (21). Tomando en cuenta que "el criterio de la corrección del pensamiento es, por supuesto, la realidad", el último criterio de validez del conocimiento científico venía a ser, entonces, la praxis, entendida como una unidad dialéctica formada por la teoría y la práctica, en la cual la práctica es cíclicamente determinante (22).

El descubrimiento de la praxis como elemento definitorio de la validez del trabajo regional no era, de ninguna manera, la base de un nuevo paradigma general en las ciencias sociales nacionales, puesto que ese descubrimiento, como ya se dijo, venía de muy atrás y, en efecto, se había aplicado en diversos contextos, dentro y fuera del país. El "nuevo" paradigma era viejo según otros criterios; lo que faltaba en este caso era conocerlo mejor y abrirle posibilidades adicionales de aplicación en medios y organizaciones sociales y políticas diversas, donde indudablemente se justificaba su adopción (23).

El punto de partida de esta discusión no fue la primigenia definición aristotélica de *praxis* como acción o ejercicio para alcanzar la bondad y la justicia en la formación del carácter, sino la que la define como acción política para cambiar estructuralmente la sociedad. Su fuente es el descubrimiento que hizo Hegel de que la actividad como trabajo es la forma original de la *praxis* humana —que el hombre es resultado de su propio trabajo—, descubrimiento que luego elaboró Marx como “acción instrumental”, es decir, como la actividad productiva que regula el intercambio material de la especie humana con su medio ambiente natural (24). El principio de la *praxis* original, llevado al campo del conocimiento como relaciones entre teoría y práctica, cristaliza en ocho de las once Tesis sobre Feuerbach (1888), especialmente en la segunda y la undécima. Estas “Tesis” de Marx pueden considerarse, a nivel filosófico, como la primera articulación formal del paradigma de la ciencia social crítica: la comprometida con la acción para transformar el mundo, en contraposición al paradigma positivista que interpreta la *praxis* como simple manipulación tecnológica y control racional de los procesos naturales y sociales (25).

En el contexto concreto del trabajo regional aquí examinado, lo que se llamó “teoría” envolvía pre-conceptos, ideas preliminares o informaciones externas (exógenas) relacionadas a “cosas en sí”, procesos, hechos o tendencias que se observaban en la realidad, como viene explicado; y “práctica” quería decir la aplicación de principios o de información derivada de la observación, aplicación realizada primordialmente por los grupos de base, como actores y controladores del proceso, con quienes los investigadores compartían la información y hacían el trabajo de campo. Estos pasos se podían dar en forma simultánea, o siguiendo el ritmo reflexión-acción con acercamientos y distanciamientos de la base, como quedó explicado en la sección anterior. La idea era propiciar un intercambio entre conceptos y hechos, observaciones adecuadas, acción concreta o práctica pertinente para determinar la validez de lo observado, vuelta a la reflexión según los resultados

de la práctica, y producción de pre-conceptos o planteamientos *ad hoc* a un nuevo nivel, con lo cual podía reini-ciarse el ciclo rítmico de la investigación-acción, indefini-damente.

Aunque no pudieron aplicarse estos principios en to-da su extensión por razones diversas (véase más adelan-te), esta modalidad experimental de trabajo produjo bue-nos avances así en la acumulación del conocimiento cientí-fico de la realidad regional como en la acción política y or-ganizativa (coyuntural) de los grupos de base interesados. Se afianzó así la certeza del principio de la praxis para de-terminar la validez de los trabajos locales, y las posibilida-des de desarrollar allí el paradigma alterno de la ciencia social crítica. Varios ejemplos podrán ilustrar este aserto.

1. La hipótesis del "arma cultural" como elemento movilizador de masas había sido expuesta y aplicada por las organizaciones revolucionarias vietnamitas (entre otras) (Burchett, 1969). En Colombia, esta hipótesis no había sido ensayada en firme ni en grande, en parte por considerar —erróneamente en nuestra opinión— que el "frente cultural", con sus expresiones costumbristas, ar-tísticas e intelectuales, debía tener una baja prioridad en la lucha contra el imperialismo y la burguesía. Con la in-formación preliminar sobre la experiencia vietnamita, se decidió estimular el "frente cultural" en una región don-de la música popular tiene grande arraigo. A raíz de estos ensayos se obtuvo la formación de conjuntos que cambia-ron la música romántica tradicional para darle un conte-nido de protesta revolucionaria, lo cual sirvió para la movili-zación y politización de masas campesinas en esa región. Al mismo tiempo, en el campo del conocimiento, se logró un mayor entendimiento del origen, sentido e historia real de esa música como la concibe el pueblo que la canta e in-terpreta, y no la burguesía que la baila; y se rompieron al-gunos esquemas clásicos de la historia cultural nacional sostenidos por intelectuales y artistas de la burguesía.

2. La hipótesis de la "recuperación crítica de la histo-ria", lleva a examinar el desarrollo de las luchas de clase del pasado para rescatar de ellas, con fines actuales,

aquellos elementos que hubieran sido útiles para la clase trabajadora en sus confrontaciones con la clase dominante. El período crítico de 1918 a 1929, cuando surgieron los primeros sindicatos en Colombia, era casi un misterio para los historiadores colombianos, así como para las organizaciones políticas. Este misterio no empezó a revelarse sino cuando uno de los principales dirigentes de esa época, Juana Julia Guzmán, ya octogenaria, constató el resurgimiento de la lucha campesina en 1972 y se reincorporó a ella. Antes se había resistido a dar ninguna información a los historiadores burgueses y liberales que se le habían aproximado con ese fin. Con la incorporación de Juana Julia al movimiento campesino se obtuvieron los primeros datos fidedignos sobre el papel del anarcosindicalismo en los primeros sindicatos colombianos y el origen del Partido Socialista del país, datos que fueron publicados en un folleto ilustrado que, por un tiempo, era la única fuente citable sobre este importante desarrollo político en Colombia. Simultáneamente, la recuperación de ese período de luchas y de uno de sus viejos dirigentes dio continuidad histórica y mayor impulso ideológico y organizativo al movimiento regional de "usuarios campesinos" entre 1972 y 1974, para llevarlo a una posición de avanzada que le fue reconocida en todo el país.

3. La teoría de la "lucha y violencia de clases" como una constante histórica, ampliamente conocida, se confrontó en una región colombiana con similares resultados pedagógicos y políticos. Con ella en mente se descubrió que, a principios de este siglo, una diócesis había usurpado las tierras de un resguardo indígena para hacer allí un seminario. La investigación histórica de archivo y notaría sobre este tema —como la local en el terreno— llevó, no sólo a confirmar la teoría y enriquecer el conocimiento de la región y su historia desde el punto de vista de la lucha de clases, sino a proveer al movimiento indígena de las armas formales y del conocimiento ideológico y político necesarios para enfrentarse al obispo y recuperar a la fuerza la tierra, en una gran victoria popular.

de la práctica, y producción de pre-conceptos o planteamientos *ad hoc* a un nuevo nivel, con lo cual podía reinitiarse el ciclo rítmico de la investigación-acción, indefinidamente.

Aunque no pudieron aplicarse estos principios en toda su extensión por razones diversas (véase más adelante), esta modalidad experimental de trabajo produjo buenos avances así en la acumulación del conocimiento científico de la realidad regional como en la acción política y organizativa (coyuntural) de los grupos de base interesados. Se afianzó así la certeza del principio de la praxis para determinar la validez de los trabajos locales, y las posibilidades de desarrollar allí el paradigma alterno de la ciencia social crítica. Varios ejemplos podrán ilustrar este aserto.

1. La hipótesis del "arma cultural" como elemento movilizador de masas había sido expuesta y aplicada por las organizaciones revolucionarias vietnamitas (entre otras) (Burchett, 1969). En Colombia, esta hipótesis no había sido ensayada en firme ni en grande, en parte por considerar —erróneamente en nuestra opinión— que el "frente cultural", con sus expresiones costumbristas, artísticas e intelectuales, debía tener una baja prioridad en la lucha contra el imperialismo y la burguesía. Con la información preliminar sobre la experiencia vietnamita, se decidió estimular el "frente cultural" en una región donde la música popular tiene grande arraigo. A raíz de estos ensayos se obtuvo la formación de conjuntos que cambiaron la música romántica tradicional para darle un contenido de protesta revolucionaria, lo cual sirvió para la movilización y politización de masas campesinas en esa región. Al mismo tiempo, en el campo del conocimiento, se logró un mayor entendimiento del origen, sentido e historia real de esa música como la concibe el pueblo que la canta e interpreta, y no la burguesía que la baila; y se rompieron algunos esquemas clásicos de la historia cultural nacional sostenidos por intelectuales y artistas de la burguesía.

2. La hipótesis de la "recuperación crítica de la historia", lleva a examinar el desarrollo de las luchas de clase del pasado para rescatar de ellas, con fines actuales,

aquellos elementos que hubieran sido útiles para la clase trabajadora en sus confrontaciones con la clase dominante. El período crítico de 1918 a 1929, cuando surgieron los primeros sindicatos en Colombia, era casi un misterio para los historiadores colombianos, así como para las organizaciones políticas. Este misterio no empezó a revelarse sino cuando uno de los principales dirigentes de esa época, Juana Julia Guzmán, ya octogenaria, constató el resurgimiento de la lucha campesina en 1972 y se reincorporó a ella. Antes se había resistido a dar ninguna información a los historiadores burgueses y liberales que se le habían aproximado con ese fin. Con la incorporación de Juana Julia al movimiento campesino se obtuvieron los primeros datos fidedignos sobre el papel del anarcosindicalismo en los primeros sindicatos colombianos y el origen del Partido Socialista del país, datos que fueron publicados en un folleto ilustrado que, por un tiempo, era la única fuente citable sobre este importante desarrollo político en Colombia. Simultáneamente, la recuperación de ese período de luchas y de uno de sus viejos dirigentes dio continuidad histórica y mayor impulso ideológico y organizativo al movimiento regional de "usuarios campesinos" entre 1972 y 1974, para llevarlo a una posición de avanzada que le fue reconocida en todo el país.

3. La teoría de la "lucha y violencia de clases" como una constante histórica, ampliamente conocida, se confrontó en una región colombiana con similares resultados pedagógicos y políticos. Con ella en mente se descubrió que, a principios de este siglo, una diócesis había usurpado las tierras de un resguardo indígena para hacer allí un seminario. La investigación histórica de archivo y notaría sobre este tema —como la local en el terreno— llevó, no sólo a confirmar la teoría y enriquecer el conocimiento de la región y su historia desde el punto de vista de la lucha de clases, sino a proveer al movimiento indígena de las armas formales y del conocimiento ideológico y político necesarios para enfrentarse al obispo y recuperar a la fuerza la tierra, en una gran victoria popular.

En cada uno de estos casos se determinó la validez del conocimiento por los resultados objetivos de la práctica social y política, y no mediante apreciaciones subjetivas (Mao, 1968: 319). Así lo aleatorio quedó circunscrito por la acción concreta y el conocimiento pertinente, es decir, hubo cierto control de desemboque de coyunturas que no hubiera sido posible en otra forma. Estos casos tenían referentes teóricos anteriores o exógenos, algunos de ellos basados en experiencias y reflexiones específicas de otras partes; lo cual no invalida la posibilidad de crear conocimiento absolutamente original, en esta misma forma. De todos modos, es demostrable que en estos casos se obtuvo, y se creó, conocimiento científico en la propia acción de masas, pasando éste a ser patrimonio general de los grupos de base y particular de la ciencia social crítica. Al mismo tiempo, se alimentó la lucha popular con ese mismo conocimiento, recibiendo un impulso importante dentro de las opciones ofrecidas por las coyunturas. De allí que pueda sostenerse otra vez que la praxis tiene fuerza definitoria, y que vincular la teoría a la práctica en el ámbito del cambio radical o revolucionario no es ni tan difícil ni tan complejo como parece, en nuestro medio (26).

Queda, sin embargo, un interrogante por resolver a este respecto: el del papel de la organización de base en la obtención y utilización del conocimiento y en la ejecución de la praxis. Sin esa organización no se habría ido tan lejos, ni se habrían obtenido los datos con la profundización necesaria, ni éstos habrían tenido la trascendencia y utilidad política que alcanzaron. Pero esto también dependía del tipo de organización y de la naturaleza de las relaciones establecidas entre los investigadores y las bases, lo cual es el tema de la sección que sigue.

Saber popular y acción política

Si se admite que la praxis de validación, como la concebimos aquí, es ante todo política, la problemática de la investigación-acción lleva necesariamente a calificar las

relaciones entre los investigadores y las bases populares o sus organismos con los cuales se desarrolla la labor política. Este es un aspecto fundamental del método de investigación, porque, como queda dicho, el propósito de éste es producir conocimiento que tenga relevancia para la práctica social y política: no se estudia nada porque sí. Siendo que la acción concreta se realiza a nivel de base, es necesario entender las formas como aquélla se nutre de la investigación, y los mecanismos mediante los cuales el estudio a su vez se perfecciona y profundiza por el contacto con la base.

En la investigación-acción es fundamental conocer y apreciar el papel que juega la sabiduría popular, el sentido común y la cultura del pueblo, para obtener y crear conocimientos científicos, por una parte; y reconocer el papel de los partidos y otros organismos políticos o gremiales, como contralores y receptores del trabajo investigativo y como protagonistas históricos, por otra. A estos aspectos fundamentales se dedica, necesariamente, el resto del trabajo, más aún tomando en cuenta que son tópicos relativamente poco tratados en la literatura crítica. Pueden analizarse ordenadamente de la siguiente manera:

1. Estudiando las relaciones recíprocas entre sentido común, ciencia, comunicación y acción política.
2. Examinando la interpretación de la realidad desde el punto de vista proletario, según "categorías mediadoras específicas".
3. Estudiando cómo se combinan sujeto y objeto en la práctica de la investigación, reconociendo las consecuencias políticas de esta combinación.

Analizaremos cada uno de estos tres problemas, en lo que toca a la experiencia colombiana objeto del presente estudio.

1. Sobre el sentido común

Algunas de las investigaciones regionales emprendidas se inspiraron inicialmente en una concepción casi romántica de “pueblo”, hasta el punto de inclinarse a ver en las opiniones y actitudes de éste toda la verdad revolucionaria. Esta tendencia obviamente errónea, de creer que “las masas nunca se equivocan”, provenía de escuelas políticas en que se había enfatizado la identificación personal del estudiantado y de los intelectuales con las masas, demandando demostraciones palpables del compromiso, tales como callos en las manos, y una forma de vida franciscana a tono con la pobreza de los tugurios y caseríos rurales en que se hacia el trabajo. En la práctica este “masoquismo populista” no llevó a ninguna parte: no era esta la mejor forma de vincularse con las masas trabajadoras, por no ser ni intelectual ni humanamente honesta, y por pecar de un objetivismo extremo que, en el fondo, corresponde a la intelectualidad pequeño-burguesa (Mandel, 1972: 51-61).

Pero, evidentemente, como reacción al intelectualismo académico del que venían muchos investigadores, se quiso probar la potencialidad científica de la vinculación con las bases, creando grupos de referencia constituidos por campesinos, obreros e indígenas (Fals, 1976: 58-61; Gramsci, s.f.: 81). La meta era reducir la distancia entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, para que los obreros, campesinos e indígenas no siguieran subyugados espiritualmente a los intelectuales. Se quería estimular sus cuadros más avanzados para que asumieran por lo menos algunas tareas investigativas y analíticas que se consideraban monopolio de los técnicos y de los burócratas.

Como no había plena claridad en cuanto a la orientación ideológica de los trabajos —excepto una idea muy general y algo ingenua de compartir la búsqueda de la conciencia proletaria con las bases—, pronto surgió el celo partidista para hacer ver que este tipo de trabajo de “inte-

lectuales independientes" era "voluntarista", por relegar a segundo plano a los activistas y a los cuadros políticos organizados (investigadores-militantes). Estas dificultades políticas impidieron la realización plena de aquellos principios metodológicos, en estos casos.

La primera inspiración de este tipo de trabajo —quizás no muy bien interpretada— iba en otra dirección que no era la de hacer competencia a los partidos o a sus cuadros: era la de la experiencia pedagógico-política directa con las clases trabajadoras. Su origen era Gramsci y su tesis de que es necesario "destruir el prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por tratarse de una actividad propia de determinada categoría especializada de letrados" (27). Por el contrario, se creía, con él, que existe una "filosofía espontánea" contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias o folklore que, aunque incoherente y dispersa, tiene valor para articular la praxis a nivel popular. Gramsci señalaba como una debilidad mayor de las izquierdas el "no haber sabido crear la unidad ideológica entre los de arriba y los de abajo (como se había hecho en la Iglesia Católica), entre los sencillos y los intelectuales", punto de vista de gran importancia para romper con la tradición académica e implementar el compromiso de los intelectuales. Además, para el mismo autor, "toda filosofía tiende a convertirse en el sentido común de un ambiente asimismo restringido (el de todos los intelectuales)", lo cual vino a relativizar el problema y a reforzar la decisión de aquellos grupos de investigadores de vincularse a las bases en las regiones (Gramsci, s.f.: 69-70) (28).

Por supuesto, ni Gramsci ni los investigadores aludidos trataban de introducir una ciencia nueva en la vida individual de las masas. Querían dar utilidad crítica a la actividad ya existente, haciendo que la "filosofía de los intelectuales" tomara en cuenta con mayor fidelidad las realidades encontradas y fuera como la culminación del progreso del sentido común; porque como lo sostiene el mis-

mo Gramsci, el sentido común implica un principio de causalidad serio, que se desarrolla quizás de una manera más exacta e inmediata que la ofrecida por juicios filosóficos profundos o por observaciones técnicas sofisticadas. En esto se registran casos anteriores importantes, basados en la transformación de experiencias cotidianas en conocimiento filosófico o científico: el de Kant, por ejemplo, cuyas interpretaciones newtonianas en su *Critica de la razón pura* van selladas por una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época (Wright Mills, 1969: 111); o el de Galileo, cuya "teoría del ímpetu" expresada en sus primeros escritos sobre la mecánica (*De motu*) era la expresión de la opinión común sobre el movimiento, a partir del siglo quince (Feyerabend, 1974: 63, 189) (29).

Veamos cómo se tradujo el principio del sentido común a la realidad del trabajo de campo regional en Colombia, recordando nuevamente la naturaleza experimental y preliminar de esas labores.

Primeramente había que tomar en cuenta el saber y la opinión experimentada de los cuadros y de otras personas informadas de las regiones y localidades. Esto se refería ante todo a los problemas socio-económicos regionales y sus prioridades, en lo cual la confianza de los investigadores fue retribuida con creces. La riqueza factual de la experiencia campesina se reflejó en la organización de acciones concretas, como las tomas de tierras; en la interpretación de la agricultura como técnica y como forma de vida; sobre la adopción de costumbres y prácticas nuevas en el medio tradicional; y sobre la utilización de la botánica, la herbología, la música y el drama en el contexto regional específico. En estas actividades, como en otras, se registraron muchos más éxitos que fracasos, lo cual confirmó la secular convicción sobre las posibilidades intelectuales y creadoras del pueblo.

Luego, había que llegar con ideas e informaciones a las bases e ilustrar o modificar el sentido común para convertirlo en "buen sentido" (Gramsci). Este problema enfocaba la tesis más general del destino del conocimiento.

Por lo que viene explicado, la investigación activa no se contenta con acumular datos como ejercicio epistemológico, que lleve como tal a descubrir leyes o principios de una ciencia pura, ni hacer tesis o disertaciones doctorales, porque sí. Ni tampoco investiga para propiciar reformas, por más necesarias que parezcan, o para el mantenimiento del *status quo*. En la investigación activa se trabaja para armar ideológica e intelectualmente a las clases explotadas de la sociedad, para que asuman conscientemente su papel como actores de la historia. Este es el destino final del conocimiento, el que valida la praxis y cumple el compromiso revolucionario.

Como mucha de la información se originaba en el terreno, con las bases, el asunto planteaba la devolución de ese conocimiento a las bases. Esta devolución no podía darse de cualquier manera: debía ser sistemática y ordenada, aunque sin arrogancia. En esto se trató de seguir el conocido principio maoista, "de las masas, a las masas" (ver nota 11). También se prestó atención a la experiencia vietnamita sobre la utilización de la cultura popular para fines revolucionarios (Mao, 1968, III: 119; Chinh y Giap, 1974: 5, 25, 102; Chinh y Giap, 1972: 55-58).

El principio de la "devolución sistemática" fue uno de los que más energías desató y más polémicas suscitó, quizás por tocar con elementos obvios que muchas organizaciones gremiales y políticas habían relegado a segundo plano, no obstante su importancia. Porque asegurar la comprensión de lo que uno hace, dice o escribe, puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso en un movimiento político o social. Hasta un filósofo ilustrado como Fichte se preocupó por la comunicación de sus ideas, y no tuvo reparos en "traducir" algunos de sus complicados tratados, para "obligar a comprender al lector", como él mismo dijo, con una "exposición clara como la luz del sol, al alcance del gran público" (1801).

El esfuerzo de comunicarse implica, por lo menos, reconocer las posibilidades de comprensión de nuevas ideas por las bases. Si no todos los hombres son filósofos formales, por lo menos los espontáneos abundan, decía

Gramsci. En los casos colombianos, el problema radicaba en cómo llegar a las bases, no con simple información periodística o educacional (con lo que podían ya estar suficientemente bombardeadas) sino con conocimiento científico de la realidad que les creara conciencia de clase revolucionaria y disolviera la alienación que les impedía entender la realidad y articular su lucha y defensa colectiva (Mandel, 1974: 61-69) (30).

Se ensayaron, en consecuencia, actividades diseñadas a romper, aunque fuera parcialmente, la barrera cultural con las bases campesinas, obreras e indígenas. Se trató de ajustar aquellos principios y técnicas de comunicación a la situación colombiana, reconociendo que el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base era bastante deficiente. Se aplicó, pues, la regla ya señalada, de comenzar trabajos al nivel de conciencia política de las bases, para llevarlas sucesivamente al "buen sentido" y a la conciencia revolucionaria de clase. Esta ingente tarea hubo de quedar inconclusa a nivel nacional y regional por diferentes causas, algunas de las cuales se especifican más adelante, la más importante de las cuales fue el hecho de que los investigadores activos, como tales, no podían asumir ningún papel como vanguardia política, aunque hubiese, en efecto, un vacío en este campo.

No obstante, la experiencia pedagógico-política pudo desarrollarse en algunos aspectos:

En primer lugar, ante el creciente reconocimiento de la importancia de hacer estudios para racionalizar y hacer más eficaz la acción de los organismos gremiales y políticos, se impulsaron estudios históricos y socio-económicos regionales (Costa Atlántica, Litoral Pacífico, Cauca, Antioquia, Valle del Cauca). Así se cubrieron temas como el origen del latifundio, la formación de las clases campesinas, historias de comunidades, historias de movimientos populares, la situación actual de la educación primaria, factores de represión y violencia estatal, etc.

Estos estudios se plantearon en consulta con las bases (sus cuadros más avanzados ante todo), tomando en cuenta lo ya dicho sobre la experiencia popular, la deter-

minación de prioridades y metas de los grupos de base, y el control de la información. Así se publicaron, con el acuerdo de las bases y buscando simplicidad de expresión, libros como la **Historia de la cuestión agraria en Colombia** (1975). **Modos de producción y formaciones sociales en la Costa Atlántica** (1974), **La cuestión indígena en Colombia**, por Ignacio Torres Giraldo (1975), **María Cano, mujer rebelde**, por Ignacio Torres Giraldo (1973), **En defensa de mi raza**, por Manuel Quintín Lame (1972). **Por ahí es la cosa** (1972) y otros similares.

En segundo lugar, con ayuda de los cuadros más avanzados al nivel local, se prepararon y publicaron textos ilustrados, también de fácil comprensión y lectura, derivados del mismo trabajo de campo (**Lomagrande, Tinajones, Felicita Campos, El Boche**, etc.). Así, las bases eran prácticamente las primeras en conocer los resultados de las investigaciones emprendidas. Para mantener este impulso, se fueron transmitiendo al personal de cuadros, mediante manuales y cursillos, las técnicas y el conocimiento necesarios. A los impresos se añadieron luego materiales audiovisuales, películas de corto metraje ("Mar y pueblo", "La hora del hachero", etc.), filminas, transparencias y, por último, grabaciones educativas y el empleo de conjuntos musicales y dramáticos de las propias localidades.

En tercer lugar, se creó en 1974 una revista nacional de crítica política y oposición, **Alternativa**, para ampliar el contacto con las bases e incluir en éstas a porciones de la pequeña burguesía y clase media colombiana. El fenomenal éxito de esta revista, que llegó a ser, en cinco meses, la segunda en circulación del país con 52.000 ejemplares, indicó que se iba por buen camino, por lo menos en la tarea de politizar los sectores medios. En este intento colaboraron importantes agrupaciones de izquierda. Pero el afán de enfatizar el contacto con los grupos de base campesinos, obreros e indígenas a expensas de los medios, llevó a una sonada crisis pública nacional que no fue nada positiva para las causas que los diversos grupos participantes apoyaban, con la división sucesiva de la revista y

su temporal suspensión (31). Así, la comunicación con las bases en el campo periodístico, ayudó poco a superar la alienación y la ignorancia de nadie para llegar al "buen sentido" y la conciencia revolucionaria de clase, debido al "canibalismo" desatado y a la confusión sobre los fines de la revista en relación con los intereses de los grupos responsables.

En cuarto lugar, mediante cursillos especiales y el texto vulgarizado *Cuestiones de Metodología* (1974) se fueron dando a los cuadros más aptos técnicas simples de investigación social y económica, puestas a su alcance, para permitirles realizar y continuar indefinidamente sus propios estudios con un mínimo de sistematización y análisis, sin tener que acudir a asesoría o ayuda externa: esto es, se quiso estimular la "autoinvestigación" de la comunidad y resolver, en parte, el problema del control de los trabajos y el "para quién" de la investigación.

Finalmente, como ya se sugirió, para todos los proyectos y niveles se trató de adoptar un lenguaje directo, claro y sencillo para la comunicación de resultados. Esto obligó a revisar conceptos y definiciones, como quedó también explicado, y a combatir el estiramiento científico-académico y la verborragia especializada, lo cual llevó a diseñar formas nuevas de publicación y producción intelectual más abiertas y menos esotéricas y descrestadoras.

En cuanto a los grupos de referencia populares que al principio se habían postulado como alternativas de los académicos e intelectuales, éstos se conformaron por cuadros dirigentes experimentados y de cierta capacidad analítica. Pero su influencia resultó ser más práctica que teórica, más política que científica. Aunque fueron bastante útiles, la discusión estrictamente científica hubo de seguirse realizando entre profesionales identificados con el trabajo investigativo que se estaba adelantando, a quienes se llevaban las impresiones —el sentido común— de las bases.

A pesar de las grandes dificultades encontradas, estas actividades tuvieron a veces desarrollos que, en algunos aspectos, fueron asombrosos. Las dificultades e in-

comprensiones en su realización fueron ante todo de naturaleza política, y podían haberse previsto al recordar los cargos hechos antes sobre "voluntarismo". Pero la principal dificultad en el manejo e interpretación de estos elementos de educación, comunicación y politización parece que estribó en olvidar parcialmente el proceso dialéctico que la praxis implica, para llevar a las bases populares principios ideológicos y conocimientos ordenadores de su propia experiencia que les permitieran avanzar en la transformación de su mundo (32). En otras palabras, las bases envueltas en estos trabajos avanzaron ideológicamente, pero no suficientemente, porque la filosofía y el conocimiento resultantes de la investigación activa no se tradujeron, a ese nivel, en un sentido común más ilustrado, ordenado y coherente, en un "buen sentido", que llevara a un nivel de acción política superior al existente. Se logró información para las bases, se obtuvieron datos científicos, se hicieron publicaciones y se impulsaron movimientos; pero el trabajo no cristalizó en organismos superiores o en tareas más ambiciosas de transformación social.

Esta tarea superior fue imposible hacerla a los grupos que ejecutaron la investigación-acción, porque implicaba recursos de organización política y permanencia institucional que no tenían: desde el principio habían quedado sueltos, como cuadros espontáneos. Ni tampoco fue posible articular firmemente esta tarea con partidos revolucionarios existentes, aunque hubo varios intentos positivos, a causa de desconfianzas mutuas que luego se demostraron irracionales.

Aun así lo poco que se hizo en este campo pedagógico-político destacó la importancia de entrar al aparato de convicciones de las bases y de sus dirigentes para disponerlos a actuar, y actuar con eficacia: parecía ser una manera pertinente de convertir la "psicología de clase" que se encontraba, en conciencia de clase; el ayudar a transmutar la "clase en sí" en "clase para sí" (Lukacs, 1975: 55, 83, 223, 225; Feyerabend, 1974: 82). Que sepamos, no

se ha advertido aún otra forma mejor de convertir el sentido común en conocimiento científico, ni darle los elementos dinámicos necesarios para su propia superación política. En este campo, el reto continúa; pero este reto es, mucho más, para los partidos revolucionarios de izquierda como tales, que para los intelectuales comprometidos (33).

Sobre la ciencia del proletariado

Cuando se iniciaron los experimentos de investigación-acción en 1970 (como dijimos en la primera sección de este estudio), al rechazar la tradición sociológica positivista y académica se empezó a distinguir entre "ciencia burguesa" y "ciencia del proletariado" a la manera crítica acostumbrada por los intelectuales de izquierda. Era evidente que la interpretación dominante de la realidad y del mundo en Colombia —con su propia ciencia e ideología— era y sigue siendo la de la burguesía, dominio que, desde finales del siglo dieciocho, viene combinando con el triunfo de los movimientos políticos liberales que la revolución industrial hizo posible. La observación elemental había enseñado objetivamente que tales interpretaciones de la realidad y del mundo vienen condicionadas por procesos impulsados por intereses de clase, esto es, por fuerzas históricas motoras que impulan los acontecimientos en la realidad. Así como la burguesía hizo su revolución —incluyendo su ciencia como elemento coadyuvante— podía deducirse que es posible configurar una contracultura en la cual la clase social determinante sea aquella opuesta a la dominante, en este caso, y por definición, el proletariado. Es, entonces, fácil concluir que el proletariado como clase también puede desarrollar e imponer su propio sistema de interpretación de la realidad, es decir, su propia ciencia.

Por las experiencias revolucionarias exitosas (la cubana, la china, la soviética, la vietnamita y otras), se sabía

ciedad capitalista. Hasta los cuadros considerados avanzados muchas veces demostraron no tener conciencia clara de su acción en la historia, mucho menos capacidad para articular una interpretación científica de su propia realidad ni proyectarla hacia el futuro.

Así, con característica impaciencia, fueron los investigadores activos y sus aliados intelectuales quienes hubieron de definir lo que querían como "ciencia popular" en contraposición a la burguesa, e inyectar su propia definición intelectual en el contexto de la realidad. Era como buscar un fantasma: a falta de uno, sintieron la necesidad de crearlo. Y el resultado fue una aplicación especial del concepto de inserción en el proceso social, para "colocar el conocimiento al servicio de los intereses populares", como se dijo, y no ante todo derivarlo de las condiciones objetivas del proletariado, como hubiera sido teóricamente más correcto (Marx, 1971: 109, 191) (35). No obstante, se llegó a proponer y aplicar pautas cooperativas de investigación con los grupos proletarios del campo, en que éstos tomaron un papel activo, en la solución de este problema.

En todo caso, ante la dureza de este problema real, los fundamentos de la orientación y validación del trabajo de campo y de la búsqueda científica siguieron siendo los del materialismo histórico y la praxis que éste implica. Como el materialismo histórico era patrimonio casi exclusivo de los investigadores activos e intelectuales comprometidos, éstos no tuvieron otro camino que compartirlo y difundirlo en la base como ideología, lo cual llevó a adoptar como "categorías mediadoras específicas" las que de manera clásica se exponen como postulados generales del marxismo. En esta forma, lo que se llamó "ciencia popular" tuvo que ser un calco ideológico de algunas tesis generales del materialismo histórico como se han desarrollado en diversos contextos y en diferentes formaciones sociales, es decir, se cayó en la más grande forma histórica del dogmatismo, que es la mimesis (36).

Esta transferencia de conceptos y categorías dadas

resultó acertada en algunos aspectos y desacertada en otros. En la práctica no se sintió que se hubiera Enriquecido ninguna "ciencia del proletariado", porque lo que se anticipó como "ciencia popular" no alcanzó, por aquel dogmatismo, a reflejar fielmente las realidades objetivas encontradas y, a veces, las distorsionó u oscureció, como ocurrió en las discusiones sostenidas entre los investigadores y con otros, sobre el papel y funciones de la vanguardia revolucionaria, el dogma de los cinco modos de producción, la supervivencia del feudalismo en Colombia y su relación con la formación social, el determinismo económico y la caracterización de la sociedad, que más que todo parecieron ser diálogos de sordos.

Un resultado ambiguo como éste podía haberse previsto: la condición histórica y social de las masas colombianas parece que no da aún para formar y enriquecer el complejo científico y cultural propio de los intereses de las clases trabajadoras (frente a los de la burguesía) como acto de un sujeto histórico capaz de producir el futuro anticipando el resultado, es decir, capaz de ver y entender la realidad concreta del presente y construir así, conscientemente, su propia historia. No había que hacerse ilusiones sobre el material humano real con el que se contaba (aunque se tendía a idealizarlo), y las opciones de lo aleatorio quedaban demasiado condicionadas por el sistema tradicional: la revolución, en efecto, no es cosa de un día, y las fallas humanas de las bases y sus cuadros no dejaron de hacer su costosa irrupción (37).

Así, la experiencia de búsqueda de una "ciencia del proletariado" quedó inconclusa y sin respuesta, en espera de que sucesivos intercambios, contactos y esfuerzos educativos disminuyeran el efecto de la ignorancia y la alienación tanto en el proletariado como en los intelectuales, para permitirles dar el salto cualitativo que les capacitará a todos para construir ese futuro y esa ciencia, y para liberarlos políticamente (38). De allí la renovada responsabilidad de aclaración y crítica que les compete a los cuadros revolucionarios contemporáneos en la praxis porque, co-

mo lo señala Hobsbawm, si los intelectuales no son necesariamente decisivos, tampoco sin ellos podrán las clases trabajadoras hacer la revolución, mucho menos hacerla contra ellos (Hobsbawm, 1973: 264, 266) (39).

Sobre el sujeto y objeto del conocimiento

Como hemos visto, el paradigma de la ciencia social crítica estipula que la diferencia entre sujeto y objeto puede reducirse en la práctica de la investigación. La experiencia colombiana de investigación-acción tiende a comprobar esta tesis que, en verdad, no es nueva: ya Hegel había explicado cómo, en la idea de la vida, el dualismo de sujeto y objeto queda superado por el conocimiento, en una síntesis que se logra al reducir el segundo al primero (Hegel II: 671-674).

En consecuencia, el trabajo de campo en las regiones colombianas estudiadas no se concibió como mera observación experimental, o como simple observación con empleo de las herramientas usuales (cuestionarios, etc.), sino también como "diálogo" entre personas intervenientes que participaran conjuntamente de la experiencia investigativa vista como experiencia vital, utilizaran de manera compartida la información obtenida, y prepararan y autorizaran la publicación de los resultados en forma táctica y útil para las metas de los movimientos involucrados (40).

Este entendimiento entre personas de distinto origen, entrenamiento y, muchas veces, clase social, tuvo lugar cuando aquella que se consideraba mejor preparada modificó la concepción de su papel —sea como cuadro o como investigador— y adoptó una actitud de aprendizaje y de respeto por la experiencia, el saber y la necesidad de la otra, alistándose al mismo tiempo para dejarse "expropriar" su técnica y conocimiento. Esta actitud comprensiva tuvo consecuencias políticas positivas, como se constató en el terreno. En efecto, cuando quiera que se tomó en cuenta el nivel real de conciencia de la situación encontra-

da (que tenían los miembros de las comunidades de base) como punto de partida para la acción, y no el nivel del cuadro mismo, cuya conciencia podía estar mucho más adelantada que la de las bases, se evitaron errores políticos por exceso de activismo o por ignorancia (41). Además se trató de evitar también (no siempre con éxito) decisiones unilaterales o verticales que podían oler a paternalismo y que, de pronto, habrían podido ser formas nuevas de explotación intelectual y política de las masas, formas que se querían combatir a todo trance.

La investigación así concebida —que era, en parte, “autoinvestigación”—, llevó a una división del trabajo intelectual y político que tomó en cuenta los niveles de preparación, tratando de evitar discriminación o arrogancia en los cuadros. Por ejemplo, el análisis cuantitativo lo ejecutaba un cuadro avanzado, mientras que la entrevista directa, la grabación con ancianos, la búsqueda de documentos y retratos antiguos en los baúles familiares, o la fotografía, podían realizarlas otros menos entrenados. Lo principal en estos casos fue la plena participación de los interesados en el trabajo, y el conocimiento y control de la investigación y sus fines por parte de todos, especialmente por la organización gremial, en estos casos. Así se procedió en el terreno, con resultados que sobrepasaron toda expectativa. En muchas situaciones motivadas por la naturaleza de las luchas que se vivían, no habría sido posible adelantar estudios ni ganar conocimiento sino en esta forma “dialógica” en la que se disminuían las diferencias entre el sujeto y el objeto de la investigación.

Como los estudios que se realizaron en esta forma no eran simples ejercicios intelectuales sino que iban condicionados a la práctica política mediata o inmediata, no podían verse sólo como producto de una síntesis entre sujeto y objeto. Había que verlos como un entendimiento entre sujetos y objetos activos que compartían la experiencia dentro de un mismo proceso histórico, en el fondo, actuando como un solo sujeto. Por lo tanto, había que plantearse el problema del sentido de la inserción que se reali-

zaba en el proceso histórico, como efecto político sobre las masas y sobre sus propios organismos.

En general, la experiencia colombiana dejó entrever que es posible realizar este tipo de estudio-acción por investigadores aislados cuando van en función de intereses objetivos de las bases o de sus gremios; pero que, obviamente, su efecto político cae en el vacío cuando el trabajo no es convergente con los de partidos u organizaciones políticas, o cuando no está directamente auspiciado e impulsado por éstas con sus investigadores militantes. En vista del peligro que esta indefinición podía representar, cuando quiera que los investigadores activos se apartaron de esta regla hubo acusaciones de "espontaneísmo", y el celo partidista con frecuencia agudizó situaciones o autorizó la persecución, la macartización y el "canibalismo" a los cuadros e investigadores que se consideraban responsables.

Este choque producido por el sectarismo partidista, por una parte, y por el afán espontáneo e individual de participar en el proceso revolucionario, por otra, creó presiones para responder al impasse políticamente, es decir, para que los investigadores se constituyeran a su vez en grupo político. Pero, aunque se dieron algunos pasos en este sentido, a la larga no fue posible hacerlo por diversas razones: 1) las diferencias sobre el enfoque de aparatos de comunicación (especialmente la revista *Alternativa*), llevaron a una dramática escisión en tales grupos, con efectos públicos adversos; 2) las bases campesinas y obreras se afectaron también por una división interna que agudizó contradicciones relacionadas con interpretaciones tendenciosas y personalistas sobre el trabajo regional y el origen económico de los aportes (ver Nota 37); 3) en el momento de la decisión, algunos optamos por inclinar la balanza y guardar la distancia enfatizando el papel del científico comprometido dentro del proceso y no el papel del político pragmático y calculador que podían exigir las circunstancias. De cualquier manera, tales dilemas y tentaciones simplemente confirmaron la importancia básica, también

ya aceptada, que en estas actividades teórico-prácticas tiene la organización, para desarrollar toda la potencialidad revolucionaria.

Sabido es que, desde el punto de vista de los principios ortodoxos del marxismo-leninismo, “la organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica” (Lukacs, 1975: 312; Gramsci, s.f.: 76; Mandel, 1974: 61). Por lo tanto, la organización es la que debería disponer, en últimas, cómo ejecutar la investigación, cuándo y con quiénes: pues es la que controla opciones en lo táctico y juega con lo aleatorio del cambio en las coyunturas. Tal tesis es válida para aquellas organizaciones no fetichistas que conceden importancia a la investigación, porque aplican correctamente el principio leninista de que “sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria”, y el maoísta de que “quien no ha investigado no tiene derecho a opinar” (Mao, 1968b: 9; Colletti, 1976, Parte II). Sin embargo, en el caso colombiano, se sentía muchas veces que no había mucho más que un reconocimiento ritual a tales principios, y que casi todas las energías y los recursos organizativos se dedicaban a la acción directa. Semejante solución, aunque respetable desde muchos puntos de vista, no parecía conveniente para el proceso revolucionario en general, especialmente en sus aspectos estratégicos de formación de una contra-sociedad fuerte y convencida. Pero el proceso fue enseñando: los sucesivos golpes de un enemigo de clase mejor informado por el estudio y la investigación científica llevaron a algunos de aquellos grupos activistas y partidos a reconsiderar su posición. En estos casos, la experiencia en el proceso condujo en Colombia a formas más maduras de mediación entre la teoría y la práctica, que ya no pueden ignorar los principios metodológicos de la investigación-acción y la ciencia social crítica, como aquí se han esbozado.

El adentrarse en el saber popular y el intercambio con la experiencia de base sobresalen así como necesidades tácticas. El sentido común y la formación de una opinión pública basada en la conciencia de clase y consciente

de su verdadera historia, son elementos a considerar seriamente, por las posibilidades que ofrecen de crear y enriquecer una eventual ciencia del proletariado. La comprensión dialéctica de sujeto-objeto en la praxis va al corazón de este problema, por cuanto toma en cuenta el desarrollo social y político de las masas.

Como ya se sabe, sin las bases organizadas no es posible el cambio revolucionario y la construcción del futuro; ni tampoco sin ellas es posible la adquisición del conocimiento científico necesario para tareas tan vitales. Pero este conocimiento sigue siendo, mal que bien, la responsabilidad de los científicos. Evidentemente, serán científicos más consecuentes, eficaces y productivos, si mantienen el equilibrio, el ritmo y la dialéctica de esta oposición, y si la organización política les estimula, acoge y respeta como tales.

NOTAS

1. Varias instituciones colombianas realizaron experiencias de investigación-acción desde 1970, pero la más conocida, por diversas razones, fue la Fundación Rosca de Investigación y Acción Social (1970-1976), a la cual perteneció el presente autor. Entre publicaciones más influyentes o difundidas: Fundación Rosca 1972, 1974a, 1974b y 1975. Debe distinguirse la "investigación-acción" de la "investigación militante", que es aquella realizada por cuadros científicos dentro de marcos partidistas y sujetos a las pautas y necesidades de su respectiva organización.
2. Sobre los paradigmas de la ciencia hemos seguido las teorías de Kuhn 1970: 23, 187-281, especialmente en cuanto tienen que ver con la formación del conocimiento y la instauración de nuevos paradigmas ("ciencia extraordinaria").
3. En efecto como señala Lukacs, había desde la fuente un cierto acondicionamiento producido por el ideal cognoscitivo de las ciencias naturales que, al aplicarse al desarrollo social, se convertía en un arma ideológica de la burguesía (Lukacs 1975: 12).
4. Un principio tan obvio cuán fácil de olvidar, a pesar de las razones claras y elementales expuestas por epistemólogos como Rickert, cuando habla de una "oposición material (real)" entre naturaleza y cultura, para explicar la vieja distinción entre "ciencia de la naturaleza" y "ciencia del espíritu", lo cual le llevó a reconocer una "oposición formal" entre el método

naturalista y el método histórico que él consideraba propio de la ciencia cultural (Rickert 1943: 46-47). Ver las reservas que hace al respecto Colletti 1976: 37-38.

5. Esta tesis se había venido enfatizando ya en algunas escuelas, y desde Marx, para el estudio de la sociedad humana y de la cultura; recuérdese cómo Karl Marx, en el Prefacio a la primera edición de *El capital*, al compararse con los físicos, subraya que la sociedad no es un "cristal fijo" sino una entidad que hay que ir "entendiendo continuamente en el proceso de transformación". Cf. también su Carta a *Mikhailovsky* sobre el método histórico de investigación (1877).
6. Tal es el "principio del impulso" A-B adaptado por Lenin al discutir las tesis de J. Petzoldt, para explicar las diferentes opciones D.C.F. que pueden tomarse en la realidad, lo que se explicaría distinguiendo entre "lo fortuito y lo necesario" en la acción social: Lenin 1974: 152-154. (Agradezco a René Zavaleta el haber llamado mi atención a este aspecto del planteamiento leninista).
7. En esta misma categoría colocamos los intentos de la "antropología de la acción" propuesta en la década de 1950 por Sol Tax; y, en parte, los ensayos de "etnometodología" realizados por H. Garfinkel, aunque de éste son dignas de recogerse las premisas prácticas que retan o condicionan la "ciencia normal" de su época. Véase el interesante artículo de Freund y Abrams 1976: 377-393.
8. "Practicar, conocer, practicar otra vez y conocer de nuevo. Esta forma se repite en infinitos ciclos y, con cada ciclo, el contenido de la práctica y del conocimiento se eleva a un nivel más alto. Esta es la teoría materialista dialéctica del conocimiento... y de la unidad sobre el saber y el hacer" (Mao 1968, Tomo I: 331).
9. No hay que dejarse confundir en cuanto al "empirismo" ciego. Este problema fue aclarado por el mismo Marx en 1880, con su "Encuesta obrera". Por ejemplo, los cuestionarios adecuados pueden ser, al mismo tiempo, elementos de politización y de creación de conciencia de clase, como pudo hacerlo Marx en el fraseo de sus preguntas (Bottomore y Rubel 1963: 210-218).
10. Este es un postulado tan antiguo como el mismo conocimiento humano, primero articulado por la filosofía griega y revivido por Descartes. Hoy lo confirman muchos pensadores y científicos naturales. La misma tesis fue replanteada por Engels como la "ley del movimiento", cuya ciencia es la dialéctica en el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento (Engels 1935: 144-145; Lenin 1974: 165-166, 251). Estos principios derivan más de Aristóteles que de Newton, pero no son por ello menos vigentes o actuales.
11. Lukacs recuerda que estas categorías kantianas, al ser tomadas por Hegel, no se contraponen sino que son "correlatos necesarios"; en lo que coloca en su propio contexto lo que, basado en Engels, sostiene Lenin (Lukacs 1975: 179; Hegel, II: 464, 479, sobre la realidad).
12. Es posible que este sea un defecto intrínseco de toda definición, que la hace incorregible cuando cambian los marcos de referencia: en este caso todo debe caer junto con las definiciones. Cf. lo ocurrido en las ciencias físicas (Kuhn 1970: 183-184). Hegel había señalado cómo la definición "reduce la riqueza de las múltiples determinaciones de la existencia intuida a

los momentos más simples", así como otros limitantes que con frecuencia se olvidan (Hegel, II: 700-701).

13. Cf. el análisis convergente que de este problema de la falta de coincidencia entre agrupaciones políticas radicales y la visión científica global del desarrollo, presenta Moura 1976: 69. La fetichización es evidente cuando los grupos o partidos políticos empiezan a buscar a todo trance el "Palacio de Invierno" en los contextos locales, sacrificándolos a fines meramente tácticos, etc.
14. Kuhn 1970: 149, muestra el peso del aparato conceptual y del vocabulario en la reformulación de relaciones dentro de nuevos paradigmas, con su consecuente aplicación a la realidad. Y otro autor crítico nos recuerda que "los conceptos, al igual que las percepciones, son ambiguos y dependen de las anteriores experiencias de la persona, de su educación, de las condiciones generales del medio" así como del vocabulario y del "idioma observacional" (Feyerabend 1974: 66, 619, 125-126).
15. Karl Marx, palabras finales a la segunda edición alemana de *El capital*, 1973; y Prefacio a la primera edición alemana de *El capital*, parte final, 1867. Hay que subrayar que el propósito de Marx era "descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad moderna", en sus propias palabras, y no una ley general o eterna.
16. "Cada frase del desarrollo de la ciencia añade nuevos granos a esta suma de verdad absoluta; pero los límites de la verdad de cada tesis científica son relativos, tan pronto ampliados como restringidos por el progreso ulterior de los conocimientos" (Lenin 1974: 126-127). Sin embargo, Lenin (inspirado en Engels) no dejó de sostener la existencia de "leyes objetivas" en la naturaleza, como la de las estaciones, pero éstas son más bien procesos causales o necesidades naturales. Las tesis sobre la verdad absoluta y relativa fueron también adoptadas por Mao Tse-tung 1968a: 330.
17. Plantear los "hechos" puros o simplemente empíricos es cosificar la realidad y abandonar el método dialéctico, sostiene Lukacs 1975: 236-239. Lo correcto es tratarlos como lo hace Rosa Luxemburgo en *¿Reforma social o revolución?* donde las tendencias se convierten en hechos, pues éstos en sí mismos "constan de procesos" (Marx, III, I: 316).
18. Siguiendo a Rickert y otros, no consideramos al materialismo histórico como ciencia al mismo nivel de las otras, sino como filosofía de la historia, en lo cual creemos que somos fieles a los propósitos de Marx, quien, como se sabe, sólo habló de los "fundamentos materialistas" de su método de investigación (en realidad la designación no es de Marx sino de Engels); (Rickert 1943: 185). Véase también Bottomore y Rubel 1963: 35-36; Mandel 1972: 46, 56.
19. Solari, et. al., señalan con justeza la "pobreza de la discusión epistemológica en América Latina" y la poca atención que prestamos a los aportes de la "Escuela de Frankfurt", especialmente en los años que tuvimos la polémica sobre "ciencia, crisis y compromiso" (1968-1970). En efecto, sólo se leía a Marcuse, mientras que otras obras pertinentes, como las de Horkheimer y Habermas, sólo se conocieron en inglés o español después de 1970.
20. Tienden a confirmarse así las tesis generales de Kuhn sobre pautas formativas en paradigmas científicos, Kuhn 1970: 84-85.
21. Véase también la discusión sobre los títulos que puede tener la investigación-acción como nuevo paradigma, presentada por Moser 1976: 357-368.

22. "El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el punto de vista primero y fundamental de la teoría del conocimiento" (Lenin 1974: 133). La cita sobre la realidad proviene de Lukacs 1975: 261.
23. Dentro de las izquierdas colombianas, sólo el Partido Comunista ha tenido una política fija de investigación socioeconómica relacionada parcialmente con sus trabajos; publica *Estudios marxistas* con textos de sus investigadores-militantes. Agrupaciones socialistas empiezan a hacer lo mismo. Y ha habido estudios pertinentes anteriores de marxistas como Luis E. Nieto Arteta, Ignacio Torres Giraldo y otros (*Causa popular*, 1972: 70-71). En este sentido, se ha olvidado con frecuencia que las vinculaciones entre la teoría y la práctica son evidentes para quienes han desarrollado la ciencia y la técnica modernas como bagaje de la burguesía dominante o para la defensa del *status quo*. Su gama corre desde la izquierda hasta la derecha política: cf. Moser 1976: 366 y sus referencias (Clark 1962). Norman Birnbaum recuerda el "Moynihan Report" sobre desarrollismo como un caso de "investigación activa" de este tipo (Birnbaum) 1974: 209).
24. Hegel II: 622, 657-663, 674-680, establece la relación entre la teleología del hombre y la autofinalidad de la naturaleza que el hombre utiliza en su trabajo. Cf. Mandel 1972: 1947.
25. También, "human engineering" a la Kurt Lewin, o la "ciencia aplicada" como se ha entendido normalmente. Cf. Habermas 1974: 263-267, sobre "el aislamiento positivista de la razón y de la decisión". Una de las primeras discusiones sobre las "Tesis" como clave de la obra de Marx, y su traducción a una "filosofía de la práctica" (*praxis*), es la de Gentile 1899, citado por Bottomore y Rubel. Cabe señalar aquí que existe, efectivamente, una "filosofía de la *praxis*" relativamente desarrollada por Lenin, Gramsci, Lukacs y otros, pero que no ha avanzado mucho más allá de las Tesis sobre Feuerbach como criterio de orientación o validación; mientras que no hay como tal una "metodología de la *praxis*", a menos que ésta se traduzca, como intentamos hacerlo aquí, a elementos de la investigación activa con la orientación del materialismo histórico. Es decir, no alcanzamos a advertir en la idea de *praxis* ningún elemento que permita convertirla, en sí misma, en una categoría analítica.
26. No parece necesario elaborar más este punto. Para el efecto consultense las observaciones convergentes que al respecto hacen Kuhn 1970: 52, 141 y 147 (la distinción artificial entre hecho y teoría), 33-34 (la acción simultánea de la experimentación y la formación de la teoría); Habermas 1974: 78-79 (la filosofía de la historia como guía de la *praxis* y el sentido político de ésta); Lukacs 1975: 21-22 (punto de partida de la práctica), 263, 347 (de teoría de la práctica a teoría práctica); Fichte 1913, I: 79 (sobre la práctica y la reflexión); Gramsci s.f.: 72-74 (sobre el nexo teoría-práctica, sus relaciones con el sentido común y el papel de la comunidad científica); Althusser 1973: 36 (prioridad de la práctica sobre la teoría y del ser sobre el pensar); y otros.
27. "Todos los hombres son filósofos" (Gramsci s.f.: 61).
28. En cambio para Fichte la "filosofía popular" vallena de errores porque no logra "presentar la prueba de las cosas como hechos" y no puede "llegar a comunicarla" (Fichte 1913, II: 46).
29. Al político norteamericano Adlai Stevenson se le atribuye el siguiente pensamiento: "En la gente sencilla hay visión y propósito. Muchas cosas se revelan a los humildes que se esconden a los grandes. Espero recordar las

- grandes verdades que son tan obvias (entre los sencillos) cuanto que en otras partes se oscurecen" (Time, enero 24 de 1977: 17).
30. Este conocimiento científico, evidentemente, es el producido por los investigadores activos y los militantes comprometidos con las bases, según principios metodológicos expuestos en este estudio.
 31. El presente autor fue de opinión de organizar dos revistas, una como venía y otra para las bases, en lo que contó con el acuerdo del escritor García Márquez, vocero de la contraparte; pero este arreglo fue rechazado por el nuevo grupo editorial de Bogotá, que había asumido, equivocadamente, una actitud triunfalista. La fórmula intermedia de Alternativa del Pueblo falló muy pronto, a los seis meses. La otra Alternativa (del grupo García Márquez), suspendió temporalmente en diciembre de 1976, luego de un recorrido meritorio como crítico de la sociedad y del Estado colombiano. Reanudó la publicación en abril de 1977.
 32. De aquí el conocido debate sobre la "inyección ideológica" desde fuera de las bases populares, que resolvió Lenin adoptando la política de intelectuales y cuadros de partido, siguiendo los lineamientos de Marx y Engels sobre la teoría de las clases sociales; V. I. Lenin 1944, I: 121. Cf. Moura 1976: 106-108. Esta política, no obstante, puede enriquecerse con el "diálogo" que sobrepasa las diferencias entre sujeto y objeto e impide la imposición unilateral, de arriba abajo, del nuevo conocimiento o de la nueva ideología (véase la sección siguiente).
 33. Una posibilidad es estudiar a fondo la interpretación fisiocrática del sentido común como "opinión pública", formada ésta por una reflexión colectiva guiada por filósofos idóneos, y como una aplicación concreta de la praxis (control político y acción social); cf. Habermas 1974: 74-81.
 34. Lukacs ha definido las funciones ideológicas del materialismo histórico como arma del proletariado: juzgar el orden social capitalista y revelar su esencia, como señalamos antes. En estas circunstancias, "el conocimiento lleva sin transición a la acción" (Lukacs 1975: 90-91).
 35. "A medida que la lucha del proletariado toma forma con mayor claridad (los teóricos) no tienen más necesidad de encontrar una ciencia en sus propias mentes; sólo tienen que observar lo que ocurre ante sus ojos y hacerse sus vehículos de expresión", para llegar a ser "ciencia revolucionaria", Marx 1971: 109, 191.
 36. Según lo concebido por Platón; cf. Lukacs 1975: 261. "Sobre categorías mediadoras específicas", Lukacs 1975: 201.
 37. Este es tema para otro estudio. El presente autor trabajó bajo el supuesto de que puede crearse una conciencia y una moral revolucionarias que determinen el uso del dinero y otros recursos materiales necesarios para las tareas. Mucho de la crítica que se hizo al efecto corruptor del dinero, la ayuda externa, etc., tuvo visos de moral pequeñoburguesa con elementos de falsa o mala conciencia, como se hizo ver, inútilmente, en repetidas ocasiones (Fundación Rosca 1976: 39-45). Estos experimentos en investigación-acción fueron apoyados económicamente por una gran diversidad de instituciones que iban desde las cívicas de países neutrales o socialistas (como el SIDA de Suecia) hasta la campaña Solidaridad de Holanda y el Comité Nacional de Auto-Desarrollo de los Pueblos, de Estados Unidos. Ninguna de estas instituciones impuso condiciones al uso de los fondos recibidos.
 38. Es posible desarrollar dirigentes marxistas de base, si seguimos la expe-

riencia de Gramsci, que estipula "trabajar para promover élites de intelectuales de nuevo tipo surgidos directamente de las masas, que permanezcan en contacto con ellas para convertirse en el núcleo básico de expresión" (Gramsci, s.f.: 81). Mandel 1974: 63-67, y su tesis sobre los "obreros avanzados"; Fals 1975: 46.

39. Es cuestionable si en otros países, aun en algunos desarrollados, la situación ideológica del proletariado sea mejor que en Colombia. El desempeño histórico del proletariado en los países capitalistas avanzados, como se sabe, es una de las paradojas más agudas del marxismo actual, aun tomando en cuenta que en Europa aparecieron obreros-filósofos de categoría, como Joseph Dietzgen, a quien alabó Marx y de cuyos escritos tomó Lenin algunas de sus principales concepciones ideológicas. El marxismo ha sido allí más bien un movimiento de la alta intelectualidad, desde finales del siglo diecinueve, cuando empezó a imponerse en los medios académicos y científicos; cf. Bottomore y Rubel 1968: 44-63; Colletti 1976: 54 (sobre la transformación de Lukacs de ideólogo revolucionario en profesor universitario).
40. El concepto de "diálogo" tiene dimensiones revolucionarias en este tipo de contacto, como lo expone Freire 1970: 83-84. Supone descubrir la realidad objetiva y crear conciencia sobre la situación para eliminar la opresión; véase también la opinión de Gramsci, c.f.: 89-91; sobre la relación pedagógica. Experiencias pertinentes en educación de adultos son hoy materia de reflexión, como el "participatory research": Convergence 1975: 24-78.
41. En esta forma podría interpretarse la organización de lo que se llamó "baluartes de autogestión campesina" en Colombia, como parte de la organización de Usuarios Campesinos; véase Fals 1975: 143-144. Recuérdese también el consejo de Mao Tse-tung a sus "trabajadores de la cultura": "En todo trabajo que se realice para las masas, se requiere partir de sus necesidades y no del buen deseo de un individuo... He aquí dos principios: uno, las necesidades reales de las masas, y no necesidades imaginadas por nosotros, y el otro, los deseos de las masas y las decisiones que toman ellas mismas, y no las que tomamos nosotros en su lugar" (Mao 1968b, III: 186-187).

BIBLIOGRAFIA

- Althusser, L. *Réponse à John Lewis*. París, 1973.
- Bernal, J. *Historia social de la ciencia*. Barcelona, 1976.
- Birnbaum, N. *Hacia una sociología crítica*. Barcelona, 1974.
- Bottomore, T. *Crisis and Contention in sociology*. Londres, 1975.
- Bottomore, T. y M. Rubel. *Karl Marx: Selected writings in sociology and social philosophy*. Londres, 1968.
- Burchett, W. *El triunfo del Vietnam*. Buenos Aires, 1969.
- Clark, P. A. *Action research and organizational change*. Londres, 1972.
- Colletti, L. *Hacia un marxismo vivo*. Bogotá, 1976.
- Cortés, R. *Ciencias sociales: Ideología y realidad nacional*. Buenos Aires, 1970.
- Durkheim, E. *Les règles de la méthode sociologique*. Burdeos, 1895.
- Engels, F. *Anti-Dühring*. Chicago, 1935.
- Fals Borda, O. *Revoluciones inconclusas en América Latina*. México, 1975.
Historia de la cuestión agraria en Colombia. Bogotá, 1975a.
Ciencia propia y colonialismo intelectual. Bogotá, 1976.
- Feyerabend, P. *Contra el método*. Barcelona, 1974.
- Fichte, J. G. *Principios fundamentales de la ciencia del conocimiento*. Madrid, 1913.
- Freire, P. *Pedagogía del oprimido*. Nueva York, 1970.
- Freund, P. y M. Abrams. *Ethnomethodology and marxism theory and society*, Vol. 3, No. 3, 1976.
- Fundación Rosca de Investigación y Acción Social, *Ciencia popular, causa popular*. Bogotá, 1972.
Cuestiones de metodología aplicada a las ciencias sociales. Bogotá, 1974a.
La verdad es revolucionaria. Bogotá, 1974b.

- La Rosca de Investigación se retira de Alternativa del Pueblo.** *Alternativa del Pueblo*, No. 28, marzo 17, abril 30. Bogotá, 1975.
- Gentile, G.** *La filosofía de Marx*. Pisa, 1899.
- Graciarena, J.** *¿Observers or participants?* IX Congreso Mundial de Sociología. Toronto, 1974.
- Gramsci, A.** *La formación de los intelectuales* (De cuadernos de la cárcel). Bogotá, s.f.
- Habermas, J.** *Theory and practice*. Boston, 1974.
- Hobsbawm, E.** *Revolutionaries*. Londres, 1973.
- Kuhn, T.** *The structure of scientific revolutions*. Chicago, 1970.
- Labriola, A.** *Essays on the materialistic conception of history*. Londres, 1948.
- Lenin, V. I.** *Obras escogidas*. México, 1944.
 Materialismo y empiriocriticismo. Madrid, 1974.
- Lukacs, G.** *Historia y conciencia de clase*. Barcelona, 1975.
- Luxemburgo, R.** *Reforma social o revolución*.
- Mandel, E.** *La formation de la pensée économique de Karl Marx*. París, 1972.
- La teoría leninista de la organización**. México, 1974.
- Mansilla, H. C. F.** *Introducción a la teoría crítica de la sociedad*. Barcelona, 1970.
- Mao Tse-tung.** *Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección*. Pekín, 1968.
 Sobre la práctica. Pekín, 1968a.
 El frente único en el trabajo cultural. Pekín, 1968b.
 Prefacio a investigaciones rurales, 1968c.
- Marx, K.** *El capital. Miseria de la filosofía*. Buenos Aires, 1971.
- Moser, H.** *Anspruch und selbstverständnis der aktionsforschung. Zeitschrift für paedagogik*, Vol. 22, No. 3, 1976.
- Moura, C.** *Sociología de la praxis*. México, 1976.
- N. N.** *Convergence*, Vol. 8 No. 2. Toronto, 1975.
- Pearson, K.** *The grammar of science*. Londres, 1892.
- Popper, K.** *The logic of scientific discovery*. Nueva York, 1959.
- Quijano, A.** *Alternativas de las ciencias sociales en América Latina*. Desarrollo Indoamericano, Año 6, No. 21, octubre, 1973.
- Rickert, H.** *Ciencia cultural y ciencia natural*. Buenos Aires, 1943.
- Solari, A; R. Franco; J. Jutkowitz.** *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*. México, 1976.
- Stavenhagen, R.** *Decolonializing applied social sciences*. Human Organization, Vol. 30, No. 4, 1971.
- Truong Chinh y Vo Nguyen Giap.** *Estrategia y táctica de la resistencia vietnamita*. Bogotá, 1972.
 The peasant question (1937-1938). Ithaca, 1974.
- Wright Mills, C.** *De hombres sociales y movimientos políticos*. México, 1969.

COMENTARIO A LA PONENCIA DE ORLANDO FALS BORDA

Heinz Moser*

Comentar esta ponencia es a la vez una tarea interesante y difícil. Al provenir de una cultura completamente diferente, es un poco complicado para mí penetrar suficientemente en la situación sobre la cual se basa esta ponencia. Sin embargo, me parece interesante juzgar las premisas y conclusiones que el autor ha obtenido de sus experiencias colombianas. Por otro lado, existe un fondo de antecedentes filosóficos entrelazados con la argumentación que trata muchos temas bien conocidos en la filosofía europea y alemana.

En mi comentario quiero pensar sobre estos problemas, porque tienden un puente entre los antecedentes y experiencias diferentes que hemos tenido.

Primero, me parece necesario anotar la posición importante que ocupa la historia como guía para el proceso de investigación-acción. Dentro del contexto de la discusión alemana, este aspecto no constituye uno de sus asuntos principales. He aprendido de esta ponencia de Fals

* Paedagogisches Institut, Universitaet Zurich, Suiza. Traducción de Anders Rudqvist.

Borda que la historia, como mediadora entre teoría y práctica, se convierte en foco indispensable de un nuevo paradigma dialéctico de las ciencias sociales. En una situación social caracterizada por la alienación de los hombres, la historia llega a ser un medio para la ruptura de las estructuras sociales. O, en términos de la descripción dialéctica de Fals Borda: las estructuras sociales como cosas-en-sí se vuelven cosas-para-nosotros mediante la reflexión histórica. Desde este punto de vista, el pensamiento histórico es el veneno del positivismo puro. Como principio operativo de la investigación-acción, esta idea es muy importante.

Pero el prerequisito de este tipo de estrategia es la continuidad del proceso histórico, donde los problemas de ayer —no resueltos en el presente— se pueden traducir fácilmente a problemas relevantes para la situación actual. Como lo demuestra la ponencia, en la situación colombiana esta traducción no se ha hecho a fondo.

Agreguemos a lo anterior otro ejemplo. En mi país esta vinculación con la historia es aún más difícil de realizar. La conciencia de la clase trabajadora como fuerza política de vanguardia se halla más o menos destruida, y el nivel de bienestar logrado por la sociedad incluye una concepción del progreso histórico, en la cual éste se interpreta como un mérito del capitalismo. A pesar de que esto ciertamente sólo se refiere a un nivel superficial de la realidad social, representa la interpretación sobre Suiza de la mayoría de la gente que vive en el país. Al acentuar este punto, no negaría que esta interpretación corresponde más a una idealización ilusoria, que a una realidad. Los problemas económicos a nivel mundial ("recesión") de los últimos años, han mostrado claramente que la "estabilidad" está amenazada, mientras las estructuras capitalistas continúen orientándose hacia el lucro, antes que hacia la riqueza misma del hombre. Como consecuencia de esta amenaza, la mayoría de la gente no tiene la capacidad para apreciar políticamente esta situación. Por el contrario, procuran hallar consistencia en el sentido de la teoría cognoscitiva de la personalidad.

Esto significa, por ejemplo, una tendencia a acentuar las influencias extranjeras sobre nuestra economía, a difamar la crítica izquierdista como un movimiento destructivo contra la democracia, a disminuir los peligros de la recesión económica (tendencia expresada en slogans como: “la calidad del trabajo suizo es el mejor remedio para hacer frente a la crisis”). Asentadas las contradicciones inherentes a este patrón es extremadamente difícil cambiarlo. Porque este patrón garantiza la identidad cultural respecto a una situación, en la cual se observan síntomas de una crisis real total en la estructura política y económica.

Como lo demuestran ambos ejemplos, no existe ninguna acción automática que vincule a la historia con procesos de activación y concientización del pueblo. El poder de las interpretaciones establecidas, que logran “la verdad” por el mero hecho de la existencia de un monopolio de opinión, y que además influye sobre las interpretaciones del sentido común (por ejemplo, mediante la educación histórica y política en las escuelas), puede constituirse en un obstáculo serio para el cambio social. El consecuente temor a perder la identidad cultural y la seguridad de una vida “ordenada”, a menudo tiene consecuencias importantes: la interpretación burguesa de la historia se convierte también en la interpretación popular. En esta situación, una ciencia crítica no está en capacidad de recuperar a la historia de manera directa. La confianza en el poder purificador del pensamiento histórico como medio para inculcar conciencia no es sino un fantasma.

Sin embargo, no se pueden descuidar los aspectos históricos: especialmente aquellos aspectos de la opresión, “olvidados” por la propia historia — ilustrados por la reflexión histórica — pueden resultar fructíferos para un enfoque científico que se orienta hacia la activación de la gente. O en términos más abstractos: El pensamiento histórico puede destruir la “ontologización” de las estructuras sociales existentes. Las esperanzas incumplidas y los elementos utópicos del pasado, así como la percepción de mecanismos de explotación y dominación nos darán algunas perspectivas para la creación de un futuro mejor. La

historia como acontecimientos-en-sí se convierte en historia que es para nosotros, y de la cual somos responsables.

La investigación-acción debe agregar a la cuestión de los hechos como cosa propia de la sociología positivista, el asunto relacionado con la "génesis". Las experiencias de los hombres deben ser analizadas por ambos lados: las experiencias tienen su base en el proceso de socialización que transfiere aspectos tradicionales (el pasado) orientados por la idea de un futuro mejor.

Al tener en mente esta mediación como la idea guía para incluir el aspecto histórico en el concepto de la investigación-acción, podemos también captar los límites de este enfoque. **La historia no tiene sentido en sí misma. Es necesario el trabajo práctico para apoyar la relevancia de las dimensiones históricas de cualquier problema.** Como lo acentúa Fals Borda, la investigación-acción no está guiada por las ideas de generalización y abstracción. El conocimiento histórico, así como las teorías sociológicas, no constituyen principios encumbrados que se puedan aplicar de manera deductiva.

Sin embargo, el enfoque fenomenológico de Garfinkel (1967) ha ilustrado el carácter índice de las acciones. Dentro del contexto del pensamiento fenomenológico, esto significa la dependencia que tienen los procesos de comunicación frente a las situaciones concretas de la vida. Los significados no tienen sentido abstracto, pero es necesario tratar con ellos en el flujo específico de la comunicación. Seguramente, éste es un enfoque bastante formal. Pero, como lo demuestra Fals Borda, debe extenderse desde el punto de vista de una versión materialista. Todo el conocimiento cultural que obtienen los individuos en sus situaciones de vida, son en algún sentido expresiones índices de sus condiciones de vida. **Las masas no constituyen una mayoría silenciosa sin conocimiento relevante, como a menudo las perciben los intelectuales. Han ganado muchas experiencias valiosas en su contexto de vida concreto.** Fals Borda nos entrega los siguientes ejemplos: "La riqueza factual de la experiencia campesina se reflejó en la organización de acciones concretas, como las tomas

de tierras; en la interpretación de la agricultura como técnica y como forma de vida; en la adopción de costumbres y prácticas nuevas en el medio tradicional; y respecto a la utilización de la botánica, la herbología, la música y el drama dentro de un contexto regional específico".

El trabajo índice de la investigación-acción se basa en expresiones de este tipo. Los investigadores debieran entenderlas en su sentido contextual. No debieran imponer sus categorías y marcos propios, los cuales destruyen el valor del conocimiento práctico. Esta actitud por parte de la ciencia no es otra cosa que una forma distinta de explotación cultural, cuya consecuencia es un incremento de la explotación de los "sujetos de campo".

Por otra parte, el conocimiento índice —como se define arriba— no es idéntico al conocimiento verdadero. No es más que la expresión auténtica de grupos específicos. Generalmente, este conocimiento refleja estructuras de poder, explotación e impotencia del pueblo. Puede construir mitologías que funcionan como ideologías en beneficio de los grupos sociales dominantes. Sin embargo, tomar en serio tal "sabiduría popular" es una cosa; la confianza que le podamos tener, constituye otra.

Los "fracasos" que relata Fals Borda están frecuentemente relacionados con este problema de la "sabiduría popular". En mi opinión no son de ninguna manera "errores" o "equivocaciones", sino una fase casi indispensable de un proyecto nuevo. El conocimiento práctico, en este sentido, no es el objetivo de la investigación-acción, sino el comienzo. La reflexión común de investigadores y prácticos (activistas) se dedica a "probar" cuidadosamente este conocimiento por medio de una relación dialéctica entre el análisis y la praxis (mediada por la historia). Como resultado, el conocimiento puede alcanzar una calidad nueva, que permite colocar las acciones sobre una base distinta.

Esto disminuye la intención de generar conocimiento por parte de la investigación-acción. En otras palabras, el verdadero sentido del conocimiento no se expresa por el conocimiento que se tiene a mano, sino que es necesario

descubrirlo. Por medio de la destrucción de los aspectos mitológicos que rodean tanto al conocimiento de los investigadores como al de los prácticos, se puede avanzar en el desarrollo de la conciencia. Al llevar a cabo este programa, se debe tener otro punto en mente: en vez del elitismo científico, la investigación-acción toma las experiencias de los grupos de base como fundamento para el análisis y las discusiones, y también para elaborar estrategias alternativas de acción. Además, este proceso es un proceso que se refiere al aprendizaje común de prácticos e investigadores, incluyendo también los fracasos como una base para el aprendizaje nuevo. Todo esto se demuestra de una manera detallada por Fals Borda.

Pero la ponencia muestra también que no es fácil llevar a cabo este enfoque. Por ejemplo, en el caso del proyecto colombiano, queda sin resolver la siguiente pregunta: si he entendido correctamente a Fals Borda, el trabajo del proyecto en general se relacionaba con cuadros de los grupos de base, como el grupo de referencia principal del proyecto. Los cuadros se convirtieron en mediadores entre las masas y los investigadores. Por otro lado, Fals Borda señala su intención de crear un enfoque científico que recoja el conocido principio, "de las masas a las masas". Sin embargo, no entiendo exactamente la posición de las masas dentro del marco de este proyecto. A veces me parece que —en vez de votar por una especie de ciencia popular— se desarrolla una especie de elitismo: los voceros de las masas son "cuadros avanzados". Si Fals Borda critica el dogmatismo de algunos grupos radicales que reclaman una posición de vanguardia en el proceso revolucionario, tenemos que preguntar: ¿No estaba estableciendo él mismo una especie de vanguardia, cuando acentuó la cooperación con grupos organizados y ante todo con grupos de cuadros más avanzados?

Sería interesante obtener una mayor clarificación sobre este punto. Este problema de los "cuadros" en general me parece crucial para la investigación-acción. ¿Debería este tipo de proyecto referirse a cuadros existentes, o

debiera formar sus propios cuadros como una de las primeras intenciones de todo el proceso?

Un segundo problema que anoto se refiere a las relaciones entre la política y la investigación-acción. En la "polis" griega, Platón fue quien propuso la identidad del liderazgo filosófico y político. En la Edad Media, también existía una constelación importante que pudiéramos describir como la interrelación entre el trono y la Iglesia. Hoy este modelo está destruido, así como la concepción de Platón. El liberalismo ha establecido la razón autónoma del hombre, enfrentándose más con el comercio y los problemas económicos, que con cuestiones metafísicas. Sin embargo, la teoría capitalista del hombre privado, que obtiene riqueza por sus propios méritos, ha dejado a un lado las cuestiones mencionadas arriba.

El Estado y su gobierno se perciben como una especie de "guardián nocturno" (*Nachtwächterstaat*). En una sociedad capitalista, el Estado tiene la función de proteger la esfera económica y garantizar una tasa alta de ganancias. Por tanto, los dirigentes políticos son los administradores más diligentes del *statu quo* existente; no son gentes creadoras que buscan las dimensiones futuras de la calidad de la vida.

El marxismo, por otra parte, ha fomentado una resurrección de la antigua relación griega. Esta se expresa en la noción del "socialismo científico". El cambio revolucionario de la sociedad como tarea política se basa en terrenos científicos. Pero la ciencia aquí no se entiende en el mismo sentido a como se entiende en la concepción de la investigación-acción. En algunos aspectos, esta armonía entre ciencia y política parece ser característica del pensamiento del último siglo, donde el hombre ha obtenido una confianza sin límites en el poder de las ciencias (especialmente las ciencias naturales). El progreso humano se consideró como el resultado de la industrialización con el progreso científico concomitante.

De manera análoga, algunos grupos y partidos marxistas tienen una visión meramente instrumentalista de la

ciencia; están convencidos de que poseen la verdad, y que deben tan sólo aplicarla. A menudo, el dogmatismo es el resultado de tal concepción. Muchas dificultades ilustradas por Fals Borda tienen sus raíces en este tipo de aplicación mecanicista de los principios marxistas: "En esta forma, lo que se llamó ciencia popular tuvo que ser una copia ideológica de algunas tesis generales del materialismo histórico, tal como éstas se han desarrollado en diversos contextos y formaciones sociales, es decir, se cayó en la mayor forma histórica del dogmatismo, que es la mimesis".

Si miramos el enfoque burgués de las ciencias sociales, los problemas son de un alcance mayor aún que las ciencias sociales contemporáneas reflejan, nada menos que la separación de la ciencia y la política en la sociedad: aquí la tarea de la ciencia es descubrir leyes abstractas, hipótesis y generalizaciones. En contraste, el político tiene que enfrentarse a situaciones sociales específicas. El vínculo entre ciencia y política todavía es un problema sin resolver, que difiere de la opinión de algunos investigadores respecto al uso tecnológico del conocimiento científico que puede servir como vínculo.

Un análisis detenido demuestra, por ejemplo, que la tecnología fragmentaria de Popper tampoco resuelve el problema (cf. Habermas, 1967; Musgrave/Lakatos, 1972). ¿Pero no se trata acaso de la tarea de la investigación-acción, o sea la de encontrar una vinculación nueva? El modelo cíclico y su subyacente pensamiento dialéctico, establecen una nueva cualidad de la ciencia popular, descrita cuidadosamente por Fals Borda. Sin embargo, el problema no se limita a esto. El desarrollo institucional de nuestras sociedades por sí mismo refleja la brecha existente entre teoría y praxis. Por un lado, el monopolio de la ciencia se concentra en instituciones específicas, como las universidades o los institutos científicos. Por otro lado, organizaciones tales como los gobiernos y partidos, monopolizan la esfera de la política.

Si la investigación-acción trata de cambiar este mode-

lo establecido de poder, tanto las instituciones científicas como las políticas se sentirán amenazadas por un enfoque tal. En consecuencia, surgen coaliciones, a menudo extrañas, que abarcan a partidos marxistas dogmáticos y al sistema. Se encuentran también algunos ejemplos de esta situación en la ponencia de Fals Borda.

Sin embargo, esta situación no es tan sorprendente como parece en el primer momento. Porque la investigación-acción no puede trabajar en un vacío, y necesariamente confronta a la estructura social institucionalizada.

Al relacionar teoría y práctica de una manera nueva, se tiende a ver en este enfoque un reto al *statu quo*: los políticos de todos los colores, así como los investigadores de las universidades u otros institutos, se sienten sometidos a un proceso de cuestionamiento.

Por consiguiente, tales conflictos no son "fracasos" de un proyecto específico, sino más bien la expresión de la situación desafortunada descrita arriba. Estas dificultades disminuirán en la medida en que se acepte la investigación-acción como un trabajo científico serio.

Los nuevos proyectos de investigación-acción deben asumir las consecuencias de experimentos tales como el colombiano. Esto significa que, desde el principio, deben tratar de formar coaliciones con grupos establecidos que tienen intenciones similares en su trabajo. Este tipo de consenso limitado debiera dar la posibilidad de cooperar parcialmente y lograr un mejor entendimiento por parte de unos y otros. Buscar coaliciones no es traicionar los principios fundamentales de la investigación-acción. Al contrario, es necesario encontrar apoyo de otros grupos (institucionalizados), para que los proyectos de investigación-acción obtengan relevancia social.

De todos modos, los proyectos aislados sólo constituyen movimientos espontáneos sin una perspectiva amplia para realizar el cambio social. Un "enfoque de grupos de base" que no está apoyado por el gobierno, los sindicatos, las administraciones locales, los partidos políticos u otros grupos organizados relevantes, no tiene poder para supe-

rar las contraestrategias que procuran la destrucción de los proyectos.

Naturalmente, en este caso existe un problema de "corrupción de proyectos". En su esfuerzo para conseguir apoyo de otros grupos, un proyecto empieza paso a paso a abandonar sus propias metas. Al final, el hecho de la cooperación es la única meta en común. Por lo tanto, la cooperación tiene sólo un valor positivo si no tiene lugar una erosión severa de las guías que comprometen a la investigación-acción. Como lo demuestra Fals Borda, en el caso de la revista *Alternativa* se encuentra un ejemplo de cooperación fallida: "...debido al "canibalismo" desatado y a la confusión sobre los fines de la revista en relación con los intereses de los grupos responsables". Tales conflictos a menudo tienen un final que se caracteriza por la dominación de uno o dos grupos oprimiendo los intereses de los otros. En casos como éste, es mejor para los investigadores activos retirarse antes que arriesgar su reputación en favor de actividades que, al fin y al cabo, no pueden compartir. A largo plazo creo que se aceptará la investigación-acción como una estrategia real de investigación, y los problemas mencionados arriba disminuirán. El fracaso del paradigma científico antiguo abrirá más y más a las sociedades para realizar tales experimentos. La desconfianza creciente contra el pensamiento puramente tecnológico que, como efecto secundario del llamado "progreso" destruye la identidad cultural, da a la investigación-acción una buena posibilidad. Especialmente en el Tercer Mundo, el "progreso" en su forma tecnológica es una especie de regresión, donde un limitado desarrollo económico está acompañado por la explotación cultural y la alienación.

El experimento colombiano ilustra este aspecto claramente, cuando coloca sus prioridades en un resurgimiento de la cultura campesina con sus bailes, su folclor y su historia. Aquí los "sujetos de campo" no son conejillos de indias en las manos de intereses oscuros. La activación de la gente es posible sólo en el contexto de un enfoque dialó-

gico, que desarrolla la confianza en sí mismo en lugar de la alienación.

Si el proyecto colombiano no ha sido un éxito completo, esto no debiera interpretarse como una especie de falsación del enfoque total ni tampoco como un fracaso de este proyecto específico. Lo que estamos haciendo no es otra cosa que aprender a manejar una forma nueva de investigación "dialógica", para la cual no estamos aún preparados. Entrenados para resolver problemas metodológicos en el sentido de la experimentación instrumentalista, necesitamos en el caso de la investigación-acción, súbitamente, una serie de competencias comunicativas diferentes. No es posible realizar esta sola tarea en unos pocos días. Y lo mismo vale en cuanto a grupos de referencia populares. Estos tendrán que desarrollar una imagen nueva del científico, quien pierde sus cualidades "místicas". Tiene que ser aceptado como un hombre concreto, y no como un ser que lo sabe todo, que sólo tiene que difundir la solución "correcta".

Al enfocar problemas tales como la comunicación dialógica, me siento retado por la siguiente exposición en la ponencia que estoy comentando:

"Aunque fueron bastante útiles (los grupos populares), la discusión estrictamente científica hubo de seguirse realizando entre profesionales identificados con el trabajo investigativo que se estaba adelantando, a quienes se llevaban las impresiones —el sentido común— de las bases".

Sin embargo, a esta exposición siguen muchas preguntas como: ¿Qué quiere decir "la discusión estrictamente científica" en este contexto? ¿Todavía sigue siendo el investigador quien decide sobre la calidad de los argumentos? ¿Es un propósito de la investigación-acción el lograr que las masas sean capaces de "discusiones estrictamente científicas"? ¿O es más bien el sentimiento de la necesidad de un nuevo paradigma de investigación, congruente con el fracaso del enfoque tradicional, incluyendo todo lo que pueda incluirse en las llamadas "discusiones estrictamente científicas"?

Si esta última interpretación es en general correcta, no puede estar de acuerdo con el intento de algunos investigadores activos de establecer una especie de "comunicación simétrica" sobre bases científicas. Esto pudiera convertirse en una estrategia sublime de los investigadores para mantener sus privilegios. Así, el código elaborado de discusión científica entraría en conflicto con el lenguaje del pueblo, generando nuevas formas de alienación. Detrás de estos enfoques siente la necesidad de la estructuración urgente de una sociedad igualitaria. La anticipación utópica de una nueva comunidad científica y política debiera ocurrir por medio de un voluntarismo puro. En mi opinión, es imposible abolir el principio de la división del trabajo dentro de un sector de la sociedad, mientras éste continúe existiendo como principio fundamental de la vida económica y social. No creo que Fals Borda sea uno de estos utopistas. Pero su explicación sobre el conocimiento científico invita a alguna clase de especificación.

Sin embargo, la división del trabajo de ninguna manera tiene que arruinar el enfoque cooperativo de las ciencias sociales, por lo menos, si tenemos una visión realista de este tipo de cooperación. En contraste con el concepto de reciprocidad completa, al empezarse puede ser útil contar con diferentes modelos de competencias propias, bien de los investigadores, bien de los "sujetos de campo". En esta fase, la cooperación significa, en primer lugar, un intercambio continuo de experiencias. Si los grupos de base carecen de la habilidad de actuar así, los investigadores activos tienen que dar apoyo en vez de implantar sus propios conceptos, o establecer un grupo separado dedicado a "discusiones estrictamente científicas".

Durante este periodo de intercambio verbal y no verbal —apoyado por actividades "didácticas"— la calidad de la cooperación se incrementa. Es un proceso que incluye el intercambio de ciertas competencias también. Al final obtendremos una nueva cualidad en la cooperación, donde las formas antiguas son *aufgehoben* (como diría Hegel).

Esta fase de ningún modo tiene que caracterizarse por una distribución igual de competencias (una mera analogía de la teoría económica). Más bien incluirá una capacidad envolvente de entender los aspectos teóricos y prácticos de un proyecto, y para trabajar en una atmósfera de confianza mutua y empatía. Las competencias específicas de miembros del proyecto no se rechazan, pero tienen que legitimarse en el trabajo concreto y diario del proyecto. De todos modos, este es un estado que se encuentra lejos aún en la mayor parte de nuestros proyectos y actividades. Estos proyectos son sólo los primeros pasos —inseguros todavía— en esta dirección, donde a los pocos éxitos a menudo sigue un sentimiento de honda desesperación. Sin embargo, tenemos que aprender a pensar en períodos más largos que meses o semanas (como sucede con frecuencia con los investigadores empíricos). Seguramente, como gentes comprometidas, tendemos a estar descontentos con períodos largos. Como las ratas de Skinner, necesitamos nuestra porción del éxito que acondiciona. En el caso de la investigación-acción tenemos que cambiar a fondo esta actitud de impaciencia. De otra manera no sacamos nada más que frustraciones diarias. Este es un punto principal que tenemos que aprender de la experiencia colombiana, como yo la entiendo.

Esto puede resultar realmente difícil para un científico educado a la manera antigua de hacer investigación. Porque tiene que legitimar su trabajo diario no sólo en el contexto de sus comunidades científicas. Sus anteriores "objetos" (como los grupos de base) lo están también juzgando.

COMENTARIO A LA PONENCIA DE ORLANDO FALS BORDA

Aníbal Quijano*

Desafortunadamente, he podido leer este trabajo solamente a mi llegada. Por eso, la riqueza de problemas explorados y suscitados en él, no podría ser examinada, en esta ocasión, con el detenimiento necesario.

Trataré, pues, de abordar sólo algunas de las cuestiones más saltantes que se plantean en este documento. Lo hago con temor y temblor, porque ellas son también algunas de las que más nos importan en este momento en América Latina, y en cuya discusión nos sentimos más comprometidos, aunque de antemano sabemos que muchas de ellas no son aún, quizás, susceptibles de respuestas enteramente satisfactorias.

En primer término, quisiera hacer notar que el trabajo tiene, a mi parecer, dos connotaciones entrelazadas. De un lado, es, en cierto modo, un recuento de cómo, en la biografía intelectual y política de todo un sector de investigaciones, fue planteándose la crisis de una vertiente teórico-metodológica que presidió, especialmente, la fase de implantación de la investigación social en América Latina,

* Sociólogo, Director de la revista **Sociedad y Política**, Lima (Perú).

durante este periodo. Y, de otro lado, a partir de eso, es una reflexión teórica acerca de algunos de los problemas centrales de la constitución del conocimiento científico social, como un momento de la praxis social global; de su ubicación de clase; del modo en que puede expresar y participar en la modificación de la conciencia de una clase y en la conciencia de clase del propio investigador. En fin, de los instrumentos de comunicación que para eso requiere; de sus relaciones con la práctica política; y, en consecuencia, de las relaciones entre investigación científica y organización política de clase.

Debido a eso, sin duda, como lo confirma en la exposición que acabamos de escucharle, Orlando Fals Borda reflexiona desde una posición simultáneamente testimonial y teórica. En cuanto a lo primero, yo quiero subrayar en el punto de partida, y con un énfasis muy especial mi reconocimiento admirativo a la honestidad entera, el coraje y la lucidez excepcionales, con que él ha sabido permitirnos compartir sus experiencias, inclusive sus frustraciones, de investigador comprometido con los problemas de nuestros pueblos, desde el descubrimiento de la esterilidad de los enfoques que inicialmente orientaron su labor y después a través de su búsqueda de un modo alternativo y eficaz de conocimiento. Por lo segundo, me parece observar que esta reflexión mantiene en parte, aún, su condición de encrucijada.

Me parece útil intentar ubicar, en la perspectiva de las luchas de clases en América Latina, el significado general de este recuerdo testimonial y teórico del agotamiento y crisis de la presencia de las vertientes neo-positivas y estructural-funcionalistas en la investigación social, aunque esta vez, y aquí, sólo puedo reflexionar en voz alta sobre estas cuestiones.

Marx, en la 11^a Tesis sobre Feuerbach, señaló que no bastaba con interpretar el mundo, pues de lo que se trata es de transformarlo. La proposición parece un reclamo ético y en un sentido lo es; pero solamente a través de lo que, sin duda, es el sentido fundamental: el conocimiento de la

realidad social sólo es accesible, plenamente, desde el interior de una práctica social transformadora. Lo cual, ciertamente, implica una opción epistemológica y, al mismo tiempo, ética. Quien quiera adquirir un conocimiento pleno de la realidad social, tiene que dedicarse a la práctica social transformadora. O renunciar a esa ambición de conocimiento.

En las sociedades de clases, toda práctica social se vincula, en definitiva, al modo cómo se expresan y se ejercen en cada contexto, los intereses de esas clases. Y la práctica transformadora de los fundamentos de una sociedad de clases, corresponde a los intereses de las clases dominadas. La opción epistemológico-ética planteada por Marx es, así, una opción de clase en la producción del conocimiento científico, pues ella es la base necesaria, históricamente, del acceso a un conocimiento radical y global y, en esa medida, al mismo tiempo cierto y eficaz.

En América Latina, este problema se planteó, explícitamente, en las relaciones entre saber social y sociedad, particularmente desde fines de la Segunda Guerra Mundial, cuando la investigación social se va constituyendo como una práctica social institucionalizada, y en ese terreno se va también constituyendo un cuerpo de científicos sociales, como un sector institucionalmente distinto de profesionales.

Es a partir de esos años, que para la generalidad de los países latinoamericanos, se va imponiendo como ciencia generalizada de la sociedad, la necesidad de cambio social; es la expresión de la maduración creciente del contenido de clase de las luchas político-sociales, ellas mismas manifestación de la corrosión definitiva de las bases estructurales previas de la sociedad.

En la medida en que la expansión y la modernización del capitalismo, bajo el dominio del capital imperialista, se procesaba en nuestros países, y se ampliaba la penetración de modelos de vida configurados en los países capitalistas desarrollados, para los sectores modernos de la burguesía y para las clases medias se hacía necesaria la re-

moción de las relaciones de producción de origen precapitalista, vigentes en mayor o menor medida en muchos países, y de sus expresiones sociales, culturales, políticas. Y, del mismo modo, inclusive formas primitivas o ya "tradicionales" de implantación del propio capitalismo. Algunos de los problemas planteados desde antes, en las luchas del proletariado y del campesinado, alcanzaban así, parcialmente, categoría de problemas generales de la sociedad.

El "desarrollo", la "modernización" de la sociedad, pasaron de ese modo a convertirse en esos años, en la ideología burguesa dominante sobre el "cambio social", apoyada por los propios sectores más avanzados de la burguesía imperialista, y encontraron en las nuevas capas de inteligencia burguesa y de clase media, sus formuladores teóricos y técnicos.

El sustento teórico de esa ideología, en las ciencias sociales, es el estructural-funcionalismo y su fundamento neopositivista, principalmente, de avasalladora predominancia en los Estados Unidos durante esa etapa. No fue, pues, accidental que, en esas condiciones, una parte muy amplia de los investigadores sociales latinoamericanos, orientaran su labor según esos enfoques, cuya influencia en un momento llegó a ser tan vasta y fuerte, que, inclusive, parcialmente impregnó la obra de los investigadores que reconocían, explícitamente, la teoría materialista de la historia como orientación de sus investigaciones. Muy pocos de ellos, si los hay, pudieron quedar en esa etapa, inmunes a esta experiencia. Yo no me excluyo.

Sin embargo, la propia expansión y la modernización del capitalismo, iban permitiendo la depuración creciente del carácter de clases de la sociedad en América Latina. En esa medida, las luchas político-sociales se profundizaban, en el sentido de ir asumiendo la expresión de la división fundamental entre los intereses de las clases básicas del capitalismo. Y consecuentemente, se iban reordenando las luchas de las otras clases dominadas y de las capas medias.

El problema del cambio social, definido hasta entonces predominantemente según los intereses del desarrollo y la modernización del capital, se redefinía o se iba redefiniendo para las clases dominadas, ya no sólo como un problema de remoción a los "obstáculos" al desarrollo capitalista, sino de remoción de las bases mismas del orden capitalista.

Esos conflictos de intereses sociales, se hicieron, naturalmente, presentes en la ideología política y en la investigación concreta de los científicos sociales, acentuando las diferencias polémicas entre sus corrientes principales (teoría estructural-funcionalista y teoría materialista de la sociedad y de la historia), pero también introduciendo diferenciaciones agudas en cada una de ellas. Para lo que aquí interesa, un creciente sector de investigadores formados en la vertiente estructural-funcionalista, fue encontrando rápidamente los límites cognoscitivos de su teoría y, mucho más rápidamente, avanzando a la adhesión de ideologías políticas radicales y aún más revolucionarias.

Fue en esas condiciones, características principalmente de la etapa de fines de los sesenta, que una parte importante de investigadores sociales latinoamericanos, cuya radicalización político-ideológica no era acompañada en el mismo ritmo y en la misma profundidad por la reorganización radical de su teoría científica y de sus fundamentos epistemológicos, se encontró en una situación peculiar: la hibridación de una ideología política de izquierda con una epistemología de derecha.

Para los más importantes de ellos, la ruptura decisiva con los fundamentos de su previa conciencia teórica, va en realidad, culminando solamente a través de la adopción de un compromiso político abierto y explícito al lado de las clases dominadas. Es decir, el desplazamiento de clase de la investigación y del conocimiento social, en América Latina, va culminando a través de la participación del investigador en la práctica social transformadora, demostrando que es ésta la base y la puerta de acceso a las zonas pro-

fundas del conocimiento científico social. El cambio de clase implica también un cambio de roles, desde el rol de intelectual como tal al de militante político de las clases dominadas, bajo diversas formas de organización.

Todo eso da cuenta de que, en América Latina, el proceso de producción del conocimiento social está ligado esencialmente al proceso de las relaciones de clases; que por lo mismo el desarrollo de la presencia de los intereses de los dominados en la investigación social, implica el desarrollo del compromiso militante de los investigadores. Y que eso no se ha cumplido entre nosotros ni de modo fácil, ni unilinealmente coherente.

Y es esta compleja experiencia intelectual y vital, que me parece posible aprender y reconocer en el lúcido y vívido recuento que el documento de Orlando nos ofrece. En lo que de testimonial tiene, su valor no es, por eso, solamente el de un testimonio personal. Es, en verdad, el de toda una etapa histórica de la investigación social, en el escenario de la lucha de clases de América Latina.

Los problemas en la definición de una alternativa

La ponencia da cuenta de que, al irse clarificando la impotencia científica de los enfoques estructurales-funcionalistas y de sus fundamentos neopositivistas y, en consecuencia, de su inadecuación como parte de una práctica social transformadora, se hizo igualmente claro el materialismo histórico como la opción alternativa. Este es, sin duda, el resultado central de la rica experiencia sobre la cual Orlando reflexiona.

Sin embargo, esa reflexión teórica me parece no estar exenta de problemas, que dificultan la plena afirmación de la alternativa encontrada, para la prosecución de la experiencia, y sobre los cuales creo que es útil detenernos.

En efecto, en la ponencia, el materialismo histórico es admitido ante todo como una filosofía de la historia y no como una teoría materialista de la historia. Es decir, no

como lo que es en realidad, un cuerpo de conceptos y de proposiciones de conocimiento concreto de la realidad, ciertamente inacabado y en permanente desarrollo, una matriz de instrumentos conceptuales y metodológicos para la investigación concreta de la realidad, fundado en una perspectiva epistemológica determinada, definida como materialista y dialéctica. En otros términos, se asume a la teoría materialista de la historia, como si fuera una perspectiva filosófica del acontecer histórico, cuyos contenidos no son susceptibles de control científico, ni en su producción ni en su duración, como ocurre con toda filosofía de la historia.

Me parece que esta inadecuada concepción sobre la teoría materialista de la historia está en la base de algunas dificultades, de una cierta ambigüedad que corre algunos tramos de la reflexión del autor de la ponencia al revisar la experiencia cumplida y al señalar los problemas de su desarrollo.

En primer lugar, tengo la impresión de que en el texto está presente una preocupación sobre la cual ya hemos tenido ocasión de discutir en este mismo encuentro, y que solamente sería justificada por la idea del materialismo histórico como una filosofía de la historia: la necesidad de conciliar la perspectiva del materialismo histórico con la verificación de hechos, y en ese sentido corriendo el riesgo de un reclamo de conciliación entre el neopositivismo y la dialéctica materialista.

En tanto que teoría materialista de la historia, el materialismo histórico no solamente no evita, sino por el contrario reclama la investigación concreta, el control y la verificación de los datos como medio de establecer los hechos y sus mutuas conexiones. Pero aquí no se trata de una conciliación imposible entre las bases epistemológicas de esta teoría y el neopositivismo, sino de una manera distinta de iluminar los datos, de establecer los hechos y de elaborar sus correspondientes categorías, lo que puede implicar, inclusive, la utilización de los hallazgos empíricos producidos en la investigación guiada por enfoques

positivistas u otros, y aun de rescatar y reelaborar categorías producidas de ese modo, y de lo cual son numerosos los ejemplos en la propia obra de los fundadores de la teoría materialista de la historia.

En conexión con lo anterior, tanto en el texto como en la exposición oral que acabamos de escuchar, el autor de la ponencia pone un énfasis especial en la necesidad de relativizar el conocimiento, hasta un punto en que se hace ambiguo el reconocimiento de la existencia objetiva de leyes de movimiento de la historia, y de los instrumentos conceptuales y metodológicos que permiten su descubrimiento. Fundándose en la posición del historicismo de Rickert, Dilthey y otros, el autor defiende aquí la distinción polar entre conocimiento natural, que admite la existencia de leyes objetivas, y el conocimiento histórico cuya naturaleza hace imposible la admisión de la existencia de leyes históricas objetivas. De este modo, se intenta una conciliación entre el materialismo histórico (como filosofía de la historia) y el historicismo idealista.

Sin embargo, para la teoría materialista de la historia, el proceso social es un proceso histórico-natural, como fue subrayado por Marx, no únicamente por el reconocimiento de que el hombre y lo que hace es parte integrante del universo material conjunto, de la naturaleza, sino porque el modo de existencia de la sociedad dentro de ese universo, se especifica por la intervención de la praxis como el modo particular de inserción de los hombres y de su historia en ese universo material conjunto. La historia humana, como proceso histórico-natural, se desarrolla, en consecuencia, regida por leyes histórico-naturales, es decir, leyes cuyo carácter está condicionado por la praxis y en ese específico sentido relativizadas.

Las leyes históricas son tan objetivas como las que rigen en el resto de la naturaleza; pero son, precisamente, históricas en tanto que rigen una praxis determinada y son, al mismo tiempo, definidas por ella. En consecuencia, no tienen la "intemporalidad" de las leyes puramente naturales. Son, pues, en este sentido relativas en el tiem-

po, como por el hecho de que se constituyen en y se agotan por una praxis determinada, lo que impide que el carácter históricamente necesario de los procesos sociales sea equivalente a la fatalidad (o necesidad ciega en que ninguna praxis interviene) de los procesos puramente naturales. Y eso no niega, no obstante, su carácter objetivo.

En relación con ello, creo también que en la ponencia el concepto de praxis aparece mucho más ceñido a la acción de individuos o de grupos de ellos, y no al movimiento objetivo de las estructuras sociales como tales, como complejos de relaciones sociales. Si el concepto de praxis recubriera solamente la acción de individuos o de conjuntos de ellos, seguramente es inevitable admitir un margen muy amplio de experiencia que respaldaría la idea de la inexistencia objetiva de leyes históricas. Pero ello equivaldría a explicar el movimiento del capitalismo por lo que hacen o piensan los capitalistas solamente, más bien que por la dinámica que mueve a las relaciones sociales de producción y de poder social y político edificadas sobre aquéllas. Esto es, explicar lo objetivo por lo subjetivo y no a la inversa. Las "leyes de movimiento" del capital, descubiertas por Marx, han probado ser objetivamente existentes y han permitido por eso, prever, con la relatividad admitida de leyes definidas en la praxis y la del propio conocimiento siempre inacabado de ellas, su desenvolvimiento histórico.

Si el conocimiento científico de la sociedad no se concibe como conocimiento histórico-natural, es decir, si no se admite la existencia de leyes históricas objetivamente existentes, aunque relativas por su naturaleza histórica (constituidas en la praxis), no se puede abandonar un modo de elaboración esencialmente empirista del conocimiento.

El problema que de allí se desprende para establecer la relación entre conocimiento científico y acción política, no puede ser soslayado. Porque, en este caso, la acción política sería siempre prisionera de lo que el autor de la ponencia califica como lo aleatorio, lo impredecible; esto

es, de las circunstancias contingentes, empíricamente establecidas. Y ninguna estrategia efectiva sería posible, salvo como construcción intelectual y voluntaria, desde fuera del movimiento de la realidad y de sus determinaciones objetivas.

Quizás estas consideraciones podrían ayudar a avanzar en la clarificación de algunos de los resultados de la experiencia en discusión, y en particular los que se refieren a las relaciones entre los investigadores y las bases populares.

Así, por ejemplo, me parece que el hecho de definir la relación investigadores y "bases" como el eje central en torno del cual es hecha la experiencia y la evaluación teórica de ella, introduce muchas dificultades, sobre las cuales descansan, sin embargo, algunas de las conclusiones sustantivas del trabajo.

De una parte, aquí "la base" es un concepto teóricamente indeterminado, que en la práctica se maneja como sustitutorio de la clase. La "base", en tanto que conjunto empírico de individuos afectados por una situación de explotación y de dominación, es sin duda afectado por el fenómeno de clase y de las luchas de clases. Pero creo que no es difícil admitir que no se puede pedir, ni esperar, en la conducta de ningún grupo concreto de individuos, todas las virtualidades inherentes al movimiento de la clase, en tanto que ésta implica, al mismo tiempo, una matriz de orientación del comportamiento social, objetivamente determinado por el conjunto de las relaciones de producción y de poder, y agrupamientos sociales amplios afectados por su lugar en esas relaciones y en esa matriz de orientación del comportamiento social.

De allí, en consecuencia, que la relación investigador-base, y sus resultados, no puedan ser justificadamente el fundamento de conclusiones que parecen referirse, sin embargo, a una relación investigador-clase, sino de modo parcial y distorsionado.

Quizás por ello, en la ponencia, es inevitable concluir que "la voz de las bases tuvo acentos muy tradicionales"

y que "hasta los cuadros considerados avanzados muchas veces demostraron no tener conciencia clara de su acción en la historia, mucho menos capacidad para articular una interpretación científica de su propia realidad, ni proyectarla hacia el futuro", como si todo ello mostrara que el conjunto del movimiento de la clase es posible de ser integrado a las conclusiones sobre "la base", y haciendo de la práctica individual el equivalente de la praxis social como tal, para señalar más adelante la imposibilidad de prescindir de los intelectuales en la lucha revolucionaria, como algo externo al proletariado, como si el concepto de proletariado —como movimiento de clase— se agotara en el concepto de obreros.

Es difícil alejar la impresión de que, de ese modo, la lucha de clases es admitida en el conocimiento científico de la sociedad, más como un dato de la realidad que a través de una teoría efectiva de las luchas de clases, sobre la cual pudiera replantearse la relación-teoría acción política y la de investigador-clase (o grupo específico dentro de la clase y de las luchas de clase de cada momento).

Así como el concepto de praxis social parece ser reducido al de acción de individuos o grupos empíricos, la validación del conocimiento científico se hace reposar sobre esa "praxis". Pero en tal caso, ese conocimiento es contingente, remite a hechos aislados y sólo el éxito de la acción es confirmatorio de su calidad científica. Así, por ejemplo, cuando se da cuenta de que el descubrimiento de determinados documentos probatorios del despojo de las tierras de un grupo de campesinos, permitió a éstos recuperarlas de mano de un obispo, victoriamente. La memoria histórica es aquí asumida como equivalente de conciencia de clase, y el éxito como demostración de la validez de una proposición de conocimiento.

Me parece, pues, que todos estos problemas requieren aún ser abordados más detenidamente, no sólo desde luego por el autor de la ponencia o sus compañeros de experiencia, sino por todos nosotros, como parte del proceso de afirmación y de maduración de un conocimiento inser-

incapacitados de hacer frente, o de comprender o resolver. Eran experimentos que podían llevar por etapas a otros aún más radicales según el desarrollo de la conciencia política de las bases. Tenían la ventaja de permitir el examen crítico de la realidad para actuar sobre ella. Como lo veíamos, eran pasos preliminares o exploratorios hacia la construcción de nuevas relaciones sociales congruentes con un ideario socialista. Había así un cierto deseo de ensayar y preparar el terreno para el tipo de sociedad en perspectiva que los partidos de izquierda usualmente encuadran en sus programas. Había la convicción de que no se le estaba haciendo juego al sistema de explotación dominante, por quedar esas experiencias bajo el control directo de organismos revolucionarios o pararrevolucionarios. Eran formas aplicadas de "subversión", entendida ésta como lo he planteado teóricamente en diferentes estudios. Por lo mismo, la tesis sobre la necesidad táctica de la violencia revolucionaria para combatir la reaccionaria, también quedaba implícita y vigente.

La investigación-acción resultante proveyó la racionalización científica de esa experimentación social y política. Este esfuerzo científico y político se situó por fuera de los partidos, y cabe preguntarse por qué se hizo así, si ello respondía a alguna coyuntura específica del momento político, y parece que sí. No puede negarse que, en esos años, este tipo de investigación no hallaba acogida en los partidos de izquierda: se veía como algo innecesario, ambiguo o peligroso. Y, por otro lado, los intelectuales así comprometidos nos sentíamos en un límbo, por la desconfianza que abrigábamos sobre los partidos. Temíamos perder nuestra libertad crítica y nuestras posibilidades de trabajo autónomo si nos sometíamos a la disciplina cerrada, muchas veces sectaria y, por lo mismo, anticientífica, de tales partidos.

La práctica fue demostrando que, ciertamente, los intelectuales comprometidos en esta línea espontaneista invadimos la esfera política, y el celo de los partidos nos lo hizo ver pronto (a veces con exceso irracional), aunque el

espacio que ocupábamos había sido en realidad dejado en el vacío por éstos. Pero la falta de correspondencia entre la realidad de la práctica que hacíamos y el cartabón partidista —entre el papel del intelectual y el del partido— se vio entonces, no como un desfase provocado por la experiencia misma, sino como una herejía política. En ese momento, los partidos confirmaron su estructural incompetencia científica, lo cual no es de extrañar, porque éste no es su campo específico. Pero al hacerlo, echaron por la borda lo bueno y lo malo de aquellas experiencias, haciendo que sucumbiera hasta lo congruente con los propios fines revolucionarios: la actividad científica de la sociología y otras ciencias sociales, la idea autogestionaria, algunas revistas de oposición al sistema, los elementos materiales y superestructurales de diversos movimientos sociales, y otros más que se habían organizado en la práctica. En perspectiva, podemos ver que los partidos radicales colombianos tomaron el curso ortodoxo imitativo de partidos monológicos de otras partes, que exige un control sobre todas las actividades conectadas con su acción; en perspectiva también, puede verse que ésta no era la solución más adecuada desde el punto de vista político-social, ni para hacer avanzar a los partidos, ni para resolver la dialéctica entre teoría y práctica.

¿Sería que, a través de nuestra práctica experimental, los intelectuales habíamos estado tratando, consciente o inconscientemente, de incidir sobre los partidos de izquierda en Colombia para que modificaran sus deficientes concepciones organizativas, con el fin de admitir la apertura en la discusión de las ideas, la creatividad científica basada en el estudio de la realidad nacional, y el independentismo intelectual? Esto es posible. Aún hoy, los intelectuales comprometidos aspiramos a que los partidos demuelan el sectarismo; que estimulen la participación democrática de las bases; que modifiquen la verticalidad conservadora de sus mandos; que demuestren tácticamente y ahora que no van a ser burocráticos una vez lleguen al poder.

En fin, vuelve a surgir el reto a la teoría del partido stalinista-leninista como la hemos visto aplicada aquí, y a sus prácticas especiales sobre la vanguardia, la dictadura del proletariado, y las relaciones entre el poder y el estado que esta teoría asume.

Por fortuna, los partidos de izquierda en Colombia, como en otras partes (incluida Europa con sus nuevas tesis sobre experimentación social de izquierda, a lo que llega tarde en relación con nosotros), están superando el periodo dogmático y sectario que acabamos de vivir, y están recogiendo muchos elementos de esa época polémica. Al revivir algunas de estas prácticas experimentales, están revalorando las ciencias sociales por dentro y por fuera de las universidades, con la metodología de la investigación-acción como eje; al mismo tiempo están ganando autonomía nacional y peso popular. Así, retomando las palabras de Heinz Moser, parece que no todo el esfuerzo de esos años resultó en balde.

Durante las revueltas estudiantiles de mayo de 1968 en Francia, aparecieron letreros en las paredes que rezaban: “¡La imaginación al poder!”. Ahora se necesita también este: “¡La creatividad al partido!”. No es suficiente con querer ganar el poder y controlar el aparato del Estado: así se le sigue haciendo el juego al sistema político y explotador dominante, reproduciéndolo en otro contexto. Más importante sería trabajar disciplinada y organizadamente hacia la obtención del poder, para con éste construir una democracia operante y general, y una sociedad superior que satisfaga las necesidades y aspiraciones de todos sus miembros, sin permitir ni explotados ni explotadores. El partido revolucionario debe ser el primer reflejo y la primera arena de este ideal democrático. Y para él, y en él, los intelectuales debemos y podemos brindar un aporte responsable, como lo sostuve en la ponencia.

LA CIENCIA Y EL PUEBLO: NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LA INVESTIGACION- ACCION(PARTICIPATIVA)

Sigue creciendo el interés mundial por la metodología de la investigación-acción que se aplica para ayudar a producir cambios radicales en la sociedad. Desde el Simposio Mundial de Cartagena (1977) se han realizado encuentros internacionales sobre el mismo asunto en Filipinas, India, Bangladesh, Tanzania, Perú, Canadá, Venezuela, México, Suecia y Yugoslavia. Casos de aplicación concreta se han registrado también en otros países de los cinco continentes. UNESCO, OIT, FAO y UNRISD han inaugurado divisiones especializadas con el mismo objeto. Muchos artículos y varios libros en seis idiomas distintos han aparecido sobre el tema en el último año. Y el asunto será motivo central de discusión en los próximos congresos mundiales de sociología y antropología.

Claro que no se perciben en Colombia, por razones obvias, expresiones dramáticas del método de investigación-acción, y una de las instituciones que lo auspiciaban (FUNDARCO) dejó de existir. Pero es natural que el interés persista entre nosotros, que se estén llevando a cabo diversos ensayos en varias regiones del país, y que algunas de las fallidas experiencias anteriores se reaviven periódicamente. No es para menos, puesto que este asunto

científico-político de tantos alcances tuvo uno de sus primeros puentes en Colombia. Además, el pueblo trabajador sigue necesitando de este tipo de metodología teórico-práctica para adquirir experiencia y conocimientos que lo lleven a adelantar las luchas y reivindicaciones de clase que cada día se hacen más urgentes y apremiantes.

De estos trabajos y experiencias, así como de la discusión en las reuniones nacionales e internacionales efectuadas, se deduce que uno de los problemas centrales a aclarar en la metodología de la investigación-acción para el cambio radical es el de la producción del conocimiento científico. Del proceso de producción de este conocimiento dependen mucho el alcance y el sentido del trabajo de campo que se realiza con grupos de base, sea táctica o estratégicamente. Como en el momento actual se experimenta también una crisis global en la justificación ideológica del aparato científico dentro del sistema capitalista, conviene reflexionar sobre estos problemas.

Uno de los aspectos pertinentes a reexaminar y revalorar es aquel que se ha identificado como "ciencia popular" o "ciencia del pueblo" desde comienzos del presente siglo. Aquí advertimos una línea de estudio y acción que puede hacer aflorar conocimientos subyacentes y articular una voz respetable que ha sido reprimida en aras de la ciencia instrumental, cuyos avances hoy nos aturden e hipnotizan. Una voz y un conocimiento seculares que, en su aparente simplicidad, puedan ofrecernos algunas de las respuestas vivenciales que más necesitamos para continuar la lucha y los esfuerzos.

I

BASES GENERALES

Comencemos por sentar bases generales sobre las cuales podamos construir alguna argumentación coherente sobre tan importante asunto como es el de la ciencia popular.

Concepto de ciencia

En primer lugar, no es correcto hacer de la ciencia un fetiche, como si ésta tuviera entidad y vida propias capaces de gobernar el universo y determinar la forma y contexto de nuestra sociedad presente y futura. La ciencia, lejos de ser aquel monstruoso agente de ciencia ficción, no es sino un producto cultural del intelecto humano, producto que responde a necesidades colectivas concretas —incluyendo las consideradas artísticas, sobrenaturales y extracientíficas— y también a objetivos determinados por clases sociales que aparecen como dominantes en ciertos períodos históricos. Se construye la ciencia mediante la aplicación de reglas, métodos y técnicas que obedecen a un tipo de racionalidad convencionalmente aceptada por una comunidad minoritaria constituida por personas humanas llamadas científicos que, por ser humanas, quedan precisamente sujetas a las motivaciones, intereses, creencias y supersticiones, emociones e interpretaciones de su desarrollo social específico.

Por lo mismo, no puede haber ningún valor absoluto en el conocimiento científico, ya que su valor variará según los intereses objetivos de las clases envueltas en la formación y acumulación del conocimiento, esto es, en su producción. Para nuestros fines del momento nos interesará examinar este proceso de producción del conocimiento científico —incluido el tecnológico y cultural— mucho más que el producto final mismo representado en objetos, artefactos, leyes, principios, fórmulas, tesis, paradigmas o demostraciones. Estos productos son los que aparecen como absolutos en textos y tratados, sin que necesariamente lo sean.

Niveles de producción del conocimiento: dominante y emergente

En segundo lugar, si lo que más interesa es el proce-

so de producción del conocimiento para fines prácticos, tácticos y estratégicos, cabe preguntarnos sobre los niveles de formación y comunicación en que cristaliza este conocimiento para tener consecuencias en la conducta colectiva y en el acaecer cotidiano.

Uno de tales niveles es el de la comunidad de científicos occidentales especializados que hoy pretende monopolizar lo que es la ciencia y dictaminar sobre lo que es o no es científico. Este nivel tiene claras consecuencias en el mantenimiento del *status quo* político y económico que se revuelve alrededor del sistema capitalista e industrial dominante. En estas condiciones, la producción del conocimiento a este nivel se dirige obviamente a mantener y fortalecer este sistema.

Para ello, los científicos del sistema prefieren manejar objetos, datos y hechos congruentes con las finalidades del sistema capitalista, y relegan, reprimen, o suprimen otros que, de destacarse o inventarse, revelarían alternativas contradictorias, inconsistencias y debilidades inherentes al sistema.

A priori, estos datos y objetos incongruentes del sistema poseen, como los otros, su propia estructura cognoscitiva, y pueden tener su propio lenguaje y su propia sintaxis de expresión. Pero como responde a otros intereses, desembocan en un nivel de formación y comunicación que aquí vamos a identificar como el de la "ciencia o cultura emergente" o "subversiva".

A posteriori, ello no significa que este nivel reprimido o emergente sea anticientífico ni que vaya en contra del proceso de acumulación general del conocimiento científico, tecnológico y artístico que ha sido una constante desde la aparición de los humanoides. Sin embargo, reconoce una antigua y respetable dimensión del quehacer científico y cultural que ha ido y va por fuera de canales institucionales, formales, gubernamentales y académicos. Y que, por el contrario, ha sido factor positivo de animación, creación e innovación aun en las propias instituciones establecidas que han sido retadas (Nowotny y Rose, 1979).

Concepto de ciencia popular

En este nivel de la ciencia emergente o subversiva —o de cultura reprimida y silenciosa— puede incluirse la llamada ciencia popular cuando pretendemos dinamizarla políticamente y, en consecuencia, incorporarla al desarrollo socioeconómico y a la corriente científica general para que deje oír su voz.

Por ciencia popular —o folclor, saber o sabiduría popular— se entiende el conocimiento empírico, práctico, de sentido común, que ha sido posesión cultural e ideológica ancestral de las gentes de las bases sociales, aquel que les ha permitido crear, trabajar e interpretar predominantemente con los recursos directos que la naturaleza ofrece al hombre.

Este saber popular no está codificado a la usanza dominante, y por eso se desprecia y relega como si no tuviera el derecho de articularse y expresarse en sus propios términos. Pero el saber popular o folclórico tiene también su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, es decir, puede demostrarse que tiene mérito y validez científica en sí mismo. Queda naturalmente por fuera del edificio científico formal que ha construido la minoría intelectual del sistema dominante, porque rompe sus reglas, de allí el potencial subversivo que tiene el saber popular.

Así, por ejemplo, el conocimiento de un curandero campesino es inadmisible para un médico doctor. Y no es admisible porque ignora y sobrepasa, en este caso, los esquemas institucionales del médico de consultorio con sus equipos importados, cuyas fórmulas abstractas juegan como fichas en un gran dominó explotador. Lo mismo se puede decir de las ciencias económicas y agrícolas y de sus practicantes.

Ciencia e interés de clase

Sería preferible no usar adjetivos cuando hablamos de ciencia o de cultura, si queremos verla como un único proceso formativo de conocimientos válidos que tienen consecuencias en la conducta colectiva y en el acaecer cotidiano. Como se sugirió antes, la ciencia es un proceso totalizador y constante que se mueve en varios niveles y que se expresa a través de personas y grupos pertenecientes a diversas clases sociales. Puede, por lo mismo, sumar y restar datos y objetos, enfatizar ciertos aspectos y oscurecer otros, acordar mayor importancia a determinados factores, en fin, construir y destruir paradigmas de conocimientos comparables.

Por eso, estrictamente hablando, no puede haber "ciencia popular" como tampoco "ciencia burguesa" o "ciencia proletaria". Ocurre que, en determinadas coyunturas históricas, diversas constelaciones de conocimientos, datos, hechos y factores se articulan según los intereses de las clases sociales que entran en pugna por el dominio social, político y económico (Kuhn, 1970: 23, 181-187). Así, existe un aparato científico construido para defender los intereses de la burguesía, y este aparato es el que domina hoy a nivel local y general en las naciones llamadas occidentales, el que condiciona, limita o reprime el crecimiento de otras construcciones científicas y técnicas; por ejemplo, las que responden a intereses de clases campesinas y proletarias, o las de otros grupos populares a quienes se les ha aplicado la ley del silencio.

El devenir histórico lleva a un cambio en esta relación de subordinación de clases, sin que necesariamente esta revolución lleve a descartar todos los conocimientos que han hecho posible la dominación burguesa, como antes la feudal. Al contrario, puede anticiparse que muchos de los elementos tecnológicos descubiertos por los científicos burgueses servirán para beneficiar a las clases proletarias y afianzar el poder de éstas, una vez que lo ganen por la acción política. No es imprescindible destruir todo lo ante-

rior para construir según nuevos o revolucionarios esquemas científicos o técnicos. (Así lo indica el mismo Lenin en uno de sus ensayos: *Tareas de la asociación juvenil*).

Ciencia y poder político

Evidentemente, esta amplia interpretación de lo que es la ciencia lleva a reconocer en ella una dimensión ideológica y política importante. Paradójicamente, el triunfo actual de la ciencia al imponerse casi como un fetiche de ficción ha llevado a que se le caiga tanto la careta de la neutralidad valorativa con que deambula, especialmente en las universidades, como la peluca de objetividad con que quiso impresionar al gran público.

La ciencia no pudo escaparse por esos recovecos, sino que quedó engarzada en los avatares de la política corriente. El concepto de verdad, por lo tanto, ya no parece fijo ni terminado, sino que se da desde una posición de poder que formaliza o justifica el conocimiento aceptable. Y esta aceptación va condicionada a visiones concretas de la sociedad política y su desarrollo. Por eso, ser científico hoy es estar comprometido con algo que afecta el futuro de la humanidad. Así, la sustancia de la ciencia resulta ser cualitativa y cultural; no es la sola medición estadística, sino la comprensión de las realidades.

Si el proceso de producción del conocimiento va ligado, como viene dicho, a una base social, es necesario descubrir esta base para entender los vínculos que existen entre el desarrollo del pensamiento científico, el contexto cultural y la estructura de poder de la sociedad. Hoy no existe la urgencia mítica de hacer ciencia pura o exacta encerrado en un laboratorio lleno de pipetas y cubetas, o en una Facultad universitaria clásica, sino que el científico alerta y verdadero se pregunta: ¿Cuál es el tipo de conocimiento que queremos y necesitamos? ¿Para quiénes es el conocimiento científico y a quiénes va a beneficiar?

Por lo tanto, debemos seguir examinando fríamente e impulsando la ciencia emergente y reprimida y la cultura

subversiva, y trabajar por un reordenamiento del quehacer científico que sea útil y conveniente. Para ello es inevitable tomar en cuenta las necesidades de las grandes mayorías, víctimas del avance que ha traído el progreso desequilibrado de la misma ciencia.

A las sugerencias del pueblo que trabaja y produce, el que padece los efectos de la experiencia capitalista, se le da hoy, a regañadientes, gran atención por la amenaza que presenta al sistema dominante. Hay, pues, que acercarse a las bases no sólo para entender por dentro la versión de su propia ciencia práctica y reprimida extensión cultural, sino para buscar formas de incorporarla a necesidades colectivas más generales, sin hacer que pierda su identidad y sabor específico. A este problema, y aparente dilema, me referiré en las páginas que siguen.

II

ENSEÑANZAS DE LA INVESTIGACION-ACCION PARTICIPATIVA (IAP)

Acercarse a las bases populares ha sido uno de los propósitos de la izquierda política y de sus grupos competidores en todas partes. Con ello se ha buscado fundamental una acción consecuente con fines revolucionarios o conservadores. Pero no siempre se ha actuado con sabiduría y prudencia en esta búsqueda. Conviene tomar en cuenta las experiencias habidas al respecto, pues de allí pueden derivarse formas adecuadas de incorporación del conocimiento del pueblo a la corriente científica y cultural general con efectos radicales, y viceversa.

Aportes del saber popular

Si aceptamos la premisa de que la ciencia del pueblo común o folclor —es decir, el conocimiento práctico, vital,

empírico que le ha permitido sobrevivir, interpretar, crear, producir y trabajar por siglos con medios directos naturales— tiene su propia racionalidad y su propia estructura de causalidad, conviene empezar por tratar de entender aquella racionalidad y esta estructura en lo que tienen de propio o específico. Gramsci señaló una ruta cuando sostuvo que en las clases trabajadoras existe una “filosofía espontánea” contenida en el lenguaje (como conjunto de conocimientos y conceptos), en el sentido común y en el sistema de creencias que, aunque incoherente y disperso a nivel general, tiene valor para articular la práctica diaria (Gramsci, 1976: 69-70).

En efecto, no sobra recordar lo mucho que este saber y cultura popular ha hecho por la civilización, lo cual va desde productos agrícolas indígenas hasta prácticas empíricas de salud y ricos aportes artísticos. No es infrecuente encontrar personas cultas que se apropien del saber popular o de sus técnicas y artes y los transforman haciéndolos aparecer como nuevos descubrimientos y modas: es el caso de artículos como la “ruana” en la caballería española, bailes como la cumbia en los salones, el primitivismo en pintura, la narrativa costumbrista. Muchos inventos mecánicos importantes se diseñaron con base en la experiencia rural, como ocurrió con los de Franklin, McCormack, Le Tourneau, y los hermanos Wright. Las interpretaciones newtonianas de Kant en su *Critica de la razón pura* llevaban el signo de una racionalidad que no era otra cosa que el sentido común de su época; y Galileo plasmó en su *De motu* una teoría del ímpetu que era la expresión técnica de la opinión común sobre el movimiento que venía desde el siglo XV (Mills, 1969: 111; Feyerabend, 1974: 63, 189).

Dramaturgos como Shakespeare eran de estirpe netamente popular, así como lo fueron sus tragedias; y los clásicos filmes de Cantinflas y de Chaplin, o la música de los Beatles no se habrían producido si no hubieran tenido sus raíces en el mundo de la gente común. Foucault encuentra en esta dimensión popular elementos suficientes para la

“historia viva” que postula en su arqueología del saber (Foucault, 1970: 22-23). Por otra parte, Lévi Strauss se le acerca, aunque con prejuicios, al referirse al “pensamiento salvaje”; y muchos antropólogos llegan a admitir que “no hay mejores colectores de datos que los propios nativos” y que el papel de los científicos debería reducirse a anotarlos y editarlos (Radin, 1933: 70-71).

Además, la interpretación campesina y obrera de la historia y la sociedad, “como ésta sale de la propia entraña del pueblo trabajador, del recuerdo de sus ancianos informantes, de su tradición oral y de sus propios baúles archivos”, es una interpretación válida que corrige la versión deformada que corre en muchos textos académicos, y que puede “recuperarse críticamente” así como aspectos especiales de la cultura en general (Fals Borda, 1978: 235).

De esta manera puede verse cómo se articula el saber popular, cómo se expresa a la primera escarbada investigativa, y cómo se defiende de los ataques externos a su clase y de otras influencias desorientadoras. De allí el respeto con que el observador y el activista deben acercarse a la cultura del pueblo y a la “filosofía espontánea” de que habla Gramsci. Pero desafortunadamente no ha sido siempre así.

Metodología (1): Autenticidad y compromiso

Una primera falta de respeto a esa cultura y filosofía es la de simplemente aparentarlo. Fue lo ocurrido en los últimos años de la década de 1960 y comienzos de 1970 en varios países, cuando huestes de fervorosos activistas intelectuales desertaron de la universidad para adentrarse en el pueblo y beber de sus fuentes mimetizándose en él. La intención era honesta; pero resultó equivocada. El diploma que se buscaba entonces era presentar manos encallecidas y la piel tostada al sol, como pruebas de que el

intelectual había aprendido la lección de que “el pueblo nunca se equivoca”, una de las falacias más socorridas por revolucionarios desorientados. Pero el pueblo no se equivocó esta vez al desautorizarlos repetidamente por su falta de autenticidad, hasta cuando los intelectuales se convencieron de que eran víctimas de un objetivismo extremo que sólo podía corresponder a la intelectualidad pequeña-burguesa (Mandel, 1972: 51-61).

La lección se aprendió parcialmente: en efecto, en las luchas populares hay campo para los intelectuales, sin necesidad de que se camuflen como campesinos u obreros natos. Sólo que deben demostrar honestamente el compromiso que les anima, en el aporte concreto de su disciplina para los fines que los movimientos populares buscan.

Metodología (2): Antidogmatismo

Aún así, esta importante apertura política y científica ha sido malograda a veces por los mismos intelectuales comprometidos en la investigación-acción, cuando éstos han pretendido aplicar ciegamente sus conocimientos técnicos y los principios ideológicos de diversas organizaciones políticas. En algunos países la situación se ha complicado cuando se ha impartido, por los cuadros activistas, la consigna de buscar y construir en el terreno una “ciencia proletaria” que neutralice la “burguesa” a la que se imputa, correctamente, mucho de la alienación reinante.

Las experiencias realizadas en varios países enseñan que no conviene aplicar con rigidez en el terreno los principios ideológicos puros que animan a los investigadores o cuadros, sea porque éstos pertenezcan a partidos cerrados (verticales) o porque hayan sido fuertemente indoctrinados en universidades y otros medios. Lo mismo ocurre con lo aprendido en facultades científicas como técnicas o especializaciones. El dogmatismo no sólo es anticientífico sino que se constituye en obstáculo para el avance de ini-

ciativas que puedan ser positivas para la lucha de clases (Marx, 1971: 109). Esto es aplicable tanto al colonialismo intelectual de las derechas políticas como al de las izquierdas (Fundación Rosca, 1972: 72). Pero no quiere decir que el investigador actúe contra la organización o la sobreponga: al contrario, se la reconoce como instancia mediadora entre la teoría y la práctica política, como lo sostuvo Lukacs, entre otros. Depende de la organización, no obstante, el que logre asimilar con la debida amplitud por las ideas críticas, a los intelectuales involucrados en estos trabajos de base, así como a los trabajos mismos, para darles la cobertura política necesaria.

Para estos fines, en casi todas partes se ha empleado con éxito el materialismo histórico como guía científica abierta y orientación adecuada para entender las realidades problemáticas encontradas. No es conveniente usarlo sólo como meta probatoria anticipando sus tesis, lo que lo desvirtuaría como ciencia.

En cambio, la búsqueda de una “ciencia proletaria” en sí misma ha resultado contraproducente e inoficiosa. Si se es dogmático en estas labores, puede ocurrir que se vaya produciendo una “ciencia para el pueblo”, entregada y concebida de arriba abajo e impuesta de manera paternalista, y no como un conocimiento genuino y ordenado del pueblo trabajador que éste pueda entender y controlar para defender sus propios intereses (Fals Borda, 1978: 235).

Metodología (3): Devolución sistemática

El problema gramsciano de cómo convertir el sentido común popular en “buen sentido” ha tenido, en cambio, un desarrollo más positivo en varios países. Se parte del hecho de que la cultura popular, especialmente la campesina (la tradición) no es tan conservadora como se ha pretendido sino realistamente dinámica, pues aunque incluye elementos contradictorios provenientes de las clases dominantes urbanas, responde a necesidades específicas

impuestas por el medio rural y el sistema político-económico. De allí proviene en parte la alienación que ha llevado al campesinado con frecuencia a actitudes pasivas o resistentes al cambio, y a imitar valores sociales que provienen de clases terratenientes o urbanas.

Hay, pues, en la tradición y cultura campesinas elementos positivos y negativos hacia el cambio social que abren posibilidades para transformaciones revolucionarias en el conocimiento y en la acción. Esto es obvio: no en otra forma se explicarían tantas revueltas campesinas como han ocurrido en la historia universal. En muchos casos es fácil determinar algunas de las fuentes y canales de la alienación que impiden una acción consecuente campesina, aquella proveniente de la difusión de valores burgueses. Se puede, por tanto, equilibrar el peso de estos valores alienantes mediante una devolución enriquecida del mismo conocimiento campesino, especialmente de su historia y realizaciones, que vaya llevando a nuevos niveles de conciencia política en los grupos. Así se va transformando el sentido común de éstos para hacerlo más receptivo al cambio radical de la sociedad, y a la acción necesaria, así como para hacer oír, a nivel general, la voz de las bases populares antes silenciosa y reprimida.

Esta devolución, extensiva a todas las clases trabajadoras, no puede darse de cualquier manera: debe ser sistemática y ordenada aunque sin arrogancia intelectual, en lo que se trata de seguir el conocido principio maoísta, "de las masas a las masas" (Mao Tse-tung, 1968, III: 119). Por eso se llama "devolución sistemática" a esta técnica de desalienación y de formación de nuevos conocimientos a nivel popular. Cuatro reglas pueden destacarse en este sentido:

a) **Diferencial de comunicación.** Una primera regla de esta técnica es la de devolver materiales culturales e históricos regionales o locales, de manera ordenada y ajustada según el nivel de desarrollo político y educativo de los grupos de base que suministran la información o con quienes se hace la inserción investigativa o técnica, y no según

el nivel intelectual de los cuadros que, por lo general, es más adelantado o muy distinto.

Por eso los materiales resultantes se pueden publicar primero en lo que se llama el Nivel 1 de comunicación, que son como folletos estilo "comics", bien ilustrados y sencillos. Las bases son las primeras en conocer así los resultados de las investigaciones que emprenden en esta "recuperación histórico-cultural". A estos "comics" se pueden añadir después materiales audiovisuales, filmillas, transparencias, grabaciones, conjuntos musicales y dramáticos propios del pueblo y películas cortas hechas con la misma gente del pueblo (la técnica que desarrolló Jorge Sanjinés en el Perú y Bolivia). Después se pueden publicar los mismos textos a un nivel más complejo y completo, para los cuadros (Nivel 2); y por último, los mismos temas tratados a nivel descriptivo y teórico más general, tomando en cuenta contextos nacionales y regionales, para los intelectuales comprometidos, los universitarios, profesores y funcionarios (Nivel 3). No todo se puede publicar o comunicar: ello depende de necesidades tácticas y de anticipar el mal uso que los enemigos de clase puedan hacer de la información que se suministra.

b) Simplicidad de comunicación. La segunda regla es expresar los resultados de los estudios y trabajos en lenguaje accesible, descartando el dirigirse ante todo a la comunidad tradicional de científicos dominantes en su propia terminología complicada y esotérica, o empleando sus esquemas clasificatorios latinescos y simbólicos. Esto exige un nuevo estilo de presentación de materiales científicos que puede llevar a una cierta liberación político-económica de la producción científica y a una mayor efectividad en la difusión de las ideas (Fals Borda, 1979).

c) Autoinvestigación y control. La tercera regla se refiere al control de la investigación por los movimientos de base y el estímulo a su propia investigación. Ningún intelectual o investigador debe determinar por sí mismo lo que se pueda investigar o hacer en el terreno, sino que debe definir sus tareas en consulta con las bases popula-

res y sus personeros más esclarecidos (constituidos como grupos de referencia como adelante se explica), y tomando en cuenta las necesidades y prioridades de las luchas populares y las de sus organizaciones auténticas. Así se ha resuelto no sólo el problema del "para quién" de los trabajos y estudios, sino el de la inserción misma del científico o cuadro dentro del proceso social y su justificación personal en el medio donde le toca actuar. Para el efecto se pueden adoptar técnicas dialógicas que rompan el esquema asimétrico del objeto y sujeto de la investigación y de la acción (Freire, 1970).

d) **Vulgarización técnica.** La cuarta regla es la de reconocer la generalidad de las técnicas científicas más simples de investigación, y colocarlas al servicio de los mejores cuadros populares. Así se pueden enseñar cursos sobre metodología corriente de la investigación a los cuadros más adelantados, para que rompan su dependencia de los intelectuales y realicen fácilmente la autoinvestigación.

Sumando la aplicación de estas cuatro reglas en los países referidos, examinando los materiales acumulados y evaluando la marcha de las luchas populares en algunas partes, puede concluirse que el conocimiento de la realidad se enriquece bastante con la devolución sistemática. Se llega, por ejemplo, a desplazar héroes culturales burgueses por otros propios de las luchas. El campesinado logra equilibrar un poco la alienación en que vive como parte de su tradición, y puede mantener vivos movimientos que, a pesar de la represión, ponen en jaque a los gobiernos reaccionarios. Puede así verse cómo el sentido común de las gentes trabajadoras va adquiriendo nuevas aristas mediante la educación política, para asumir una voz propia e irse convirtiendo en "buen sentido". Empieza a parir una nueva tradición a un nivel más alto de conocimiento, práctica e impulso vital.

Metodología (4): Reflujo a intelectuales orgánicos

Por supuesto, no todo el proceso pedagógico-político se reduce a recuperar críticamente la historia y la cultura y devolverlas sistemáticamente a las bases populares. También se realiza un reflujo dialéctico o "feedback" de las bases hacia los intelectuales y cuadros comprometidos. Esto es parte importante del proceso total de búsqueda e identificación de la ciencia del pueblo.

Una consecuencia y condición de este reflujo dialéctico es la necesidad de diferenciar papeles (roles) en el terreno, en tal forma que el científico o investigador no tenga que recurrir a camuflarse de campesino u obrero, como queda dicho, sino que sea reconocido y respetado por las bases y sus organizaciones políticas y gremiales como quien es. Al advertir la inevitable división del trabajo científico que ha impuesto la acumulación del conocimiento (ya que no todos pueden hacer todas las tareas con la misma eficiencia), se ve la posibilidad de desarrollar en la práctica el concepto del "intelectual orgánico" propuesto también por Gramsci. Estudiemos un poco este importante asunto.

Los intelectuales comprometidos con la lucha popular en algunos países han intentado formar grupos de referencia ad hoc conformados por los campesinos, obreros e indígenas de mayor experiencia, altruismo y visión que estuvieron involucrados en tareas organizativas y agitacionales, con el fin de desplazar a los grupos de referencia constituidos por académicos y profesores universitarios (la élite dominante) (Fals Borda, 1978: 233).

Estos grupos ad hoc, de donde deberían salir los verdaderos intelectuales orgánicos de las clases trabajadoras, hasta ahora no han alcanzado a responder totalmente a la discusión científica misma, como se ha planteado, sino que han contribuido más a los aspectos prácticos y políticos del trabajo en el terreno. La discusión científica de cierto nivel actual sobre lo que se va haciendo se sigue realizando entre personas preparadas más tradicional-

mente, en una minoría más o menos seleccionada por el conocimiento y la experiencia. A este nivel se hace la articulación entre lo específico regional y lo teórico general o nacional, para producir una visión totalizante e integrada del conocimiento adquirido.

Pero esta discusión de minorías ya viene enriquecida por la práctica en el terreno, por el contacto con las gentes de base y sus problemas concretos y por las opiniones y conceptos de los cuadros campesinos del grupo *ad hoc* de referencia. Hay un aporte intelectual crítico de parte de estos cuadros que se expresa en exigencias tales como de claridad y precisión en la exposición de la teoría; observaciones a la aplicabilidad de la teoría en el contexto inmediato; descripciones fieles y vívidas de procesos sociales; explicaciones de estrategia y táctica en la lucha popular; información profunda sobre motivaciones de conducta individual y colectiva no visibles para personas extrañas al medio; elementos de cultura como la herbología y los mitos; términos empleados en la agricultura, la pesca y la caza; y principios técnicos en el manejo de utensilios y herramientas rústicas.

Todo esto es información valiosa de primera mano, sobre un "know-how" que enriquece los análisis realizados a nivel científico más general por los grupos de intelectuales.

Se tiene así la convicción de que el folclor del pueblo campesino, su conocimiento empírico, vital y práctico, puede encontrar un nicho en el curso del desarrollo de la ciencia como proceso totalizador y constante, y que su voz apagada puede adquirir nueva resonancia. Los agentes de este proceso dialéctico han sido o son intelectuales orgánicos. Pueden tener la misma sensación que en su tiempo tuvieron Kant y Galileo cuando bebieron de fuentes populares, o la de quienes diseñaron tantos inventos mecánicos contemporáneos con base en la experiencia rústica, como se dijo anteriormente.

Metodología (5): Ritmo reflexión-acción

En consecuencia, una de las responsabilidades principales de los investigadores (intelectuales orgánicos) ha sido la de articular el conocimiento concreto al general, la región a la nación, la formación social al modo de producción y viceversa, la observación a la teoría y, de vuelta, la de ver en el terreno la aplicación específica de principios, consignas y tareas. Para que esta articulación sea eficaz, se ha adoptado un determinado ritmo en el trabajo que va de la acción a la reflexión y de la reflexión a la acción en un nuevo nivel de práctica.

El conocimiento avanza entonces como una espiral en que se procede de lo más sencillo a lo más complejo, de lo conocido a lo desconocido, todo en contacto permanente con las bases y los grupos *ad hoc* de referencia. De éstos se reciben los datos; se actúa con ellos; se digiere la información en un primer nivel; y se reflexiona a un nivel más general. Luego se devuelven los datos de manera más madura y ordenada; se estudian los efectos de esta devolución y así indefinidamente, aunque dentro de plazos prudenciales determinados por la lucha misma y sus necesidades.

Metodología (6): Ciencia modesta y técnicas dialógicas

Las condiciones mínimas para el desarrollo de este ritmo de reflexión-acción y del reflujo cultural de las bases hacia la minoría científica orgánica pueden reducirse a dos ideas:

1) La de que la ciencia puede avanzar hasta en las situaciones más modestas y primitivas y que, en efecto, en las condiciones populares encontradas la modestia en el manejo del aparato científico y en la concepción técnica (especialmente descarte de instrumentos muy sofisticados y mayor uso de elementos locales, económicos y prácticos) es casi la única manera de realizar los trabajos necesarios,

lo cual no quiere decir que, por modesta, esta ciencia sea de segunda clase, o carezca de ambición.

2) La de que el investigador debe: a) descartar la arrogancia del letrado o del doctor, aprender a escuchar discursos concebidos en otras sintaxis culturales y asumir la humildad de quien realmente desea aportar al cambio social necesario; b) romper las relaciones asimétricas que se imponen generalmente entre entrevistador y entrevistados para explotar unilateralmente el conocimiento de éstos; y c) incorporar a las gentes de base, como sujetos activos, pensantes y actuantes, en su propia investigación.

Ciencia modesta y técnicas dialógicas o participantes se constituyen así en referencias casi obligatorias para todo esfuerzo que busque estimular la ciencia popular o aprender del saber y cultura del pueblo para multiplicarlo a nivel más general. Es lo que se pretende hacer con el método de investigación-acción en su modalidad participante radical (IAP), y con el apoyo de las ciencias emergentes y subversivas.

III

ENSEÑANZAS DE COYUNTURAS REVOLUCIONARIAS

En la idea de "pueblo" que he venido usando he incluido, para simplificar, un conjunto de personas que en realidad son más heterogéneas de lo que el concepto indica. Sólo he destacado, como ingredientes básicos para estudiar lo que es la ciencia y la cultura popular, el componente proletario y la antigua relación folclórica con la naturaleza. Esta relación corresponde evidentemente a sistemas precapitalistas, y se deriva de la actividad productiva como forma original de la praxis, aquella que regula el intercambio material de la especie humana con su ambiente natural. Los ingredientes mencionados no son sino elementos iniciales de análisis, aunque dejen una impron-

ta permanente que no puede ignorarse en el asunto que nos ocupa.

El problema es más complejo, y esto lo podemos ver en los desarrollos del presente siglo, cuando se realizaron las primeras revoluciones socialistas y ocurrió, casi simultáneamente, un vigoroso ascenso en el control instrumental del hombre sobre elementos naturales, gracias al avance científico-educativo y a la expansión del modo de producción capitalista e industrial a nivel mundial. Esto afectó las posibilidades de desarrollo de la ciencia del pueblo o folclor como se ha conocido tradicionalmente, y abrió compuertas que pueden llevar a su eventual desaparición.

El Proletkult

La revolución rusa tiene mucho que enseñarnos a este respecto, ya que, en sus comienzos, hizo un importante intento de construir por la base una cultura proletaria de índole científica, llamada "Proletkult", que fuera congruente con los fines revolucionarios (Bettelheim, 1977: 475, 528). Encabezadas por intelectuales comprometidos, estas campañas político-literarias se iniciaron poco después de la revolución de febrero de 1917 y duraron hasta 1922, cuando recibieron el rechazo de Lenin y de Trotsky (Deutscher, 1968: 64).

La tónica principal del trabajo del Proletkult fue la arrogancia contrarrevolucionaria de sus prosélitos. Toman do al pie de la letra la negativa y limitada impresión de Marx sobre el papel del campesinado en la revolución francesa, estos intelectuales rusos consideraron a los rústicos de su país como sacos de patatas.

El médico e ideólogo Alejandro Bogdanov, el primer impulsor del movimiento, sufrió de un marxismo superficial que le llevó a sostener tesis incongruentes con la teoría vigente del partido, como la de que el desarrollo de la conciencia proletaria de clase reposaba ante todo en la práctica de la producción y no en la lucha de clases. Sus seguidores creían que los sabios, artistas, ingenieros,

etc., de origen obrero producirían una cultura especial diferente de la burguesa, y ese origen, según ellos, debía conferirles una esencia indescartable. A los sabios del Proletkult se les consideraba como "ingenieros sociales" cuya tarea era tratar a las masas inferiores como si fuesen un material de cera al que había que moldear desde arriba y desde fuera.

Claro que todo ello llevaba a agudizar la diferencia entre trabajo manual e intelectual, y así lo hizo ver Lenin cuando habló críticamente sobre la "ficción de los orígenes" (Bettelheim, 1977: 528, 530). Con razón los más altos dirigentes bolcheviques hubieron de frenar este desorientado movimiento que, desgraciadamente, todavía tiene sus metástasis en otros países.

La Intelligentsia rural

El Proletkult pasó a mejor vida. Pero la coyuntura específica de la revolución rusa a partir de la muerte de Lenin, el exilio de Trotsky y el advenimiento del stalinismo, especialmente hacia 1928, hizo que la política oficial hacia el campesinado ruso no fuera muy distinta, en sus efectos, de aquella sugerida por el Proletkult. El Estado soviético y el Partido Comunista habían determinado crear la cultura y la ciencia proletarias como bases ideológicas y políticas para proceder a la industrialización necesaria. Se privilegió así al proletariado urbano, y se castigó al campesinado con el peso de la nueva planificación.

El campesinado ruso, que no había sido unánime en el apoyo a la revolución —con altibajos producidos por la influencia de Kulaks y Mujiks— se constituyó en el pararrayo natural de la desconfianza oficial. Por consiguiente, Stalin resolvió imponerles la "civilización proletaria" desde arriba —y desde las urbes—, con el empleo de cuadros obreros y urbanos del partido, y con institutores y especia-

listas agrarios (la llamada "intelligentsia rural avanzada"). Ni siquiera se reclutaron cuadros campesinos para esa tarea. La desconfianza llegó hasta ordenar que los tractores y las máquinas que se llevaran a los nuevos kolkhozes no fueran manejados por campesinos, sino por obreros.

Toda esta campaña desde arriba y desde fuera llevó al tremendo genocidio rural de todos conocido, y a la destrucción cultural del campo ruso, algo que dejó minúsculas las crueles gestas autocráticas de Pedro el Grande. Naturalmente, al destruirse en forma tan masiva la base tradicional del campo ruso, se perdió también buena parte de la cultura popular o folclórica y se relegó a segundo plano la tradición científica del pueblo común soviético. Pero se crearon nuevas bases humanas, sociales, culturales y tecnológicas que han servido para reconstruir la sociedad rural en la Unión Soviética, y ésta creó otro sentido común y otra tradición más moderna y avanzada que la descrita por Tolstoi.

Ahora bien, ¿será éste ya el "buen sentido" que esperaba Gramsci? ¿Valía la pena pagar el alto costo social y humano de esa hecatombe para llegar al inmenso desarrollo actual de la Unión Soviética? ¿Se construyó en verdad una ciencia proletaria hegemónica? Una cosa es cierta: en el esfuerzo se perdieron muchos valores de la cultura y ciencia campesinas que podían haber sido congruentes con la revolución y que la habrían enriquecido de seguir su marcha, como ocurrió en los casos chino y vietnamita. Algunos de esos valores que sobreviven, como en la música y el arte, y en las artesanías, ayudan a darle sabor e identidad hasta al mismo Estado soviético; otros, como las creencias religiosas, continúan con cierta fuerza.

De todos modos, aquí vemos el caso patético de un pueblo revolucionario que decidió descartar masivamente la tradición campesina, con su ciencia y todo, con el fin de construir un proletariado técnico e industrial que tuviera una ciencia propia y una cultura congruente con los fines de la revolución. Pero no es una ciencia nueva la que se

produjo allí, y en eso se equivocaron los intelectuales del Proletkult y sus sucesores. Es la acumulación, difusión y perfeccionamiento de técnicas y conocimientos anteriores originados entre capitalistas y burgueses rusos y extranjeros, que han pasado al control político y económico de su clase antagónica. Hubo un cierto tipo de popularización del conocimiento científico, cultural y técnico contemporáneo que, si se quiere, puede verse como una “ciencia del proletariado”; pero ésta, como realidad propia, no sería entendible así sino en el contexto soviético.

La Revolución Cultural

En la China Popular, para fines semejantes, se observa un proceso diferente. No hay genocidio y ocurre una mayor participación de las bases campesinas y obreras en la conformación de una nueva cultura y ciencia armónicas con la revolución. El climax de esta tendencia ocurre, por supuesto, durante la herética Revolución Cultural de 1966 a 1968 (con efectos visibles hasta 1976) de lo cual podemos derivar así mismo importantes enseñanzas.

Muy diciente fue uno de los incidentes iniciales de la Revolución Cultural: el acto de rebeldía con afiches en la Universidad de Pekín porque el rector, un historiador anticuado, entre otras cosas dificultaba que los estudiantes hicieran labores manuales, y ejercía discriminación contra alumnos provenientes de familias trabajadoras o campesinas (Wheelwright y McFarlane, 1972: 127). Aquí parece residir el meollo de la cuestión: se trataba de romper el elitismo tradicional que, influenciado por la burguesía china occidentalizada, tenía sus raíces locales en Confucio y sus enseñanzas ancestrales. El elitismo tradicional llevaba a imitar y adoptar lo extranjero, y a respetar y obedecer a las autoridades superiores (padres, ancianos, líderes del partido, gobernantes, funcionarios, emperadores) y a los hombres de ciencia, intelectuales, maestros y letrados de uñas largas y pulidas. Por todo ello, no era una simple re-

volución generacional la que se iniciaba en 1966. Era una acción ideológica que seguía la clásica línea maoista “de las masas a las masas”, para reorientar valores de antaño, “solidificar el concepto del mundo proletario-comunista para la masa del pueblo” y crear una nueva opinión pública, o sentido común. Esta opinión nueva iría a reforzar los objetivos de la revolución, combatir las tendencias conservadoras de la disciplina partidista y llevar a una nueva concepción científica y cultural nacional (Blumer, 1972: 72, 186-187).

Por eso sus primeros abanderados y activistas fueron jóvenes y, además, reclutados exclusivamente de las clases trabajadoras: campesinos, obreros, taxistas, hasta pordioseros, a quienes se les impartió el mínimo de orientación contenida en el famoso “Librito Rojo”, personas que iban decididas a ser “antes que maestro, el primer alumno de las masas”, a “luchar contra el egoísmo” y a “servir al pueblo que es el que hace la historia”. Actuarían por fuera de estructuras formales partidistas, en lo que este movimiento fue realmente inusitado.

Se propició así un gigantesco intercambio rural-urbano, con 25 millones de citadinos que visitaron el campo y millares de obreros que fueron a escuelas, con lo cual se esperó romper la verticalidad de la dependencia con el Estado y el partido, promover un desarrollo ideológico más auténtico que emergiera de las mismas y, en fin, “modificar la faz intelectual de toda la sociedad”.

Transparente fue una de las metas técnico-científicas trazadas por Mao: en efecto, el presidente quería adiestrar a los trabajadores para convertirlos en técnicos (como se hacía ya en el Instituto de Ingeniería Mecánica de Shangai), y que los estudiantes tuviesen experiencia práctica y regresaran a la producción luego de unos años de estudio. Se reconocían en esta forma las conexiones que la educación tiene con el trabajo productivo, reconocimiento que llevó a modificar los péndumes oficiales de enseñanza.

Excesos de la ortodoxia política

Es difícil negar el estímulo que este gigantesco esfuerzo — como el de las comunas populares anteriores — tuvo a nivel de las bases, especialmente en el desarrollo de la medicina popular (“médicos descalzos”), el alfabetismo, la artesanía (conversión del hierro) y la tecnología intermedia en la agricultura, el transporte y otros medios, así como a nivel industrial se registraron innovaciones técnicas ingeniosas y productivas (Wheelwright y MacFarlane, 1972: 191, 194-195). Se estaba en verdad fomentando una “ciencia del pueblo” controlada por éste y sus personeros inmediatos, que tomaba como punto de partida una tradición cultural recuperada y selectiva, sin destruirla totalmente. Era una ciencia modesta y realista que no trabajaba sino dentro de los parámetros históricos de los conocimientos populares. Y así avanzó bastante para el beneficio de éstos, hasta años más recientes.

Pero, como se sabe, ocurrieron excesos de celo producidos por un deseo irracional de imponer la ortodoxia política en niveles incongruentes, tales como el manejo de fábricas y en la alta tecnología. El antiintelectualismo y el antiburocratismo a ultranza fueron llevando a una crisis anárquica en la producción, tal que el gobierno tuvo que echar pie atrás: disminuyó el impulso y fervor juveniles del movimiento, reglamentó mejor los comités políticos que imponían estructuras organizativas contraproducentes y volvió a llamar a personas y trabajadores de experiencia para que siguieran administrando fábricas, escuelas e institutos. Además, se vio que la consigna de que las masas se educaran a sí mismas no había podido cumplirse al pie de la letra, pues seguían necesitando de asistencia externa, especialmente de la orientación del partido.

Políticamente, Mao triunfó en esta forma sobre elementos conservadores de la sociedad y de su propio partido y aseguró que la revolución china siguiera por el derrotero que le había marcado hacia el socialismo. Cultural y científicamente, impulsó valores y conocimientos a nivel

de base que sirvieron para afirmar la colossal reconstrucción económica de la nación china, una reconstrucción relativamente autónoma que le ha permitido a esa nación ocupar una posición de comando a nivel mundial, y a su pueblo tener un nivel de vida grandemente mejorado.

Hubo aquí mayor respeto que en la Unión Soviética por las bases campesinas. Se rompió parcialmente el monolitismo del partido y de su guardia dogmática. Los cuadros fueron reclutados más equilibradamente desde el punto de vista de sus orígenes. No hubo tanto énfasis en imponer pautas verticales, de arriba hacia abajo. No obstante, se vio la necesidad de seguir diferenciando entre ciencia popular y ciencia avanzada, dejando que ésta continuara siendo provincia especial de la minoría intelectual y técnica que la Revolución Cultural había intentado reeducar por el trabajo manual y la práctica en el terreno. Por eso se enfatiza hoy allí a la "ciencia y tecnología" como una de las cuatro modernizaciones planteadas como metas a alcanzar para el año 2000. Porque sólo así puede la China mantener su liderazgo a nivel mundial y defenderse de las potencias que la siguen asediando.

IV

EL RETO DEL CONTROL INSTRUMENTAL

La Unión Soviética y la China Popular ofrecen casos dramáticos de cambio social en que se realizaron reformas profundas del alma popular. Otros ejemplos nacionales de este tipo de subversión son también de interés: lo ocurrido en el Japón a la Restauración Meiji y durante la ocupación americana; el efecto de la autogestión obrera y campesina en la sociedad yugoslava; la revolución cubana y el "poder popular"; el impacto del culto de las cargas en comunidades primitivas melanesias; la experiencia del Bhoomi Sena y del Movimiento por la Ciencia del Pueblo en la India. Quizá en todos ellos se encuentren elementos comu-

nes que ayuden a identificar y comprender el problema de las bases populares y la ciencia y la cultura que tanto nos interesa como fenómeno contemporáneo.

Impacto de la cultura masiva

Un hecho casi incontrovertible es que la ciencia y el saber o cultura popular, por tener sus fundamentos y raíces en sistemas precapitalistas, se han visto amenazados de extinción debido al acelerado desarrollo de la tecnología moderna y del control instrumental del hombre sobre la naturaleza que van unidos al sistema capitalista dominante. Podemos ver esto fácilmente en los países industrializados, cuyos sociólogos empiezan a hacer una distinción más específica entre la cultura folk como aquí la hemos entendido, y la “cultura masiva popular” (Lewis, 1978: 14-25).

En los países avanzados, según Lewis, la cultura popular tiene aspectos negativos que se refieren a la masificación por los grandes medios de comunicación (televisión, radio y prensa). Esto lleva a que el común de las gentes sea víctima de empresarios que no piensan sino en el lucro, y así van rebajando el nivel cultural o emprobreciendo y anulando el existente o folclórico tradicional. En estas condiciones, la cultura popular de esos países tiene la tendencia a imitar elementos de la llamada “alta cultura” —que puede ser más creadora y particular— rebajando su calidad y desvirtuando el talento, hasta llegar al “gusto abyecto de la mesnada”. Además, tiene el peligro de estimular al totalitarismo por fomentar audiencias pasivas que se adaptan primordialmente a la manipulación demagógica, como lo anticipó, mal que bien, Ortega y Gasset. En fin, este tipo de desarrollo instrumental capitalista avanzado produce el mayor índice de alienación popular hasta ahora conocido, pues lleva a lo que Marcuse definió como “hombre unidimensional”, y culmina en la contrautopía Orwelliana de la granja de animales con el “Big Brother” en todas partes.

Si así ocurre en esos países industrializados, bien puede entenderse lo que pasa cuando de allí se exportan a los países subdesarrollados, no sólo las técnicas alienantes sino los mismos productos terminados, o "envasados". Se registra entonces un fuerte impacto cultural que barre los valores propios, haciendo olvidar aquellos elementos del folclor que constituyen lo que se ha dado en llamar "la esencia de la nacionalidad". Se va borrando así la "filosofía espontánea", el lenguaje, el sistema de creencias y el sentido común tradicional de los habitantes de estos países pobres, para suplantarlos por otros que son xenóflicos e inauténticos. Así se limitan también las posibilidades raizales de producir e inventar en los campos científico y tecnológico.

La región: valores sustanciales y marginales

Lo increíble es que los conocimientos populares de los países pobres, de origen precapitalista, hayan podido resistir tantos impactos instrumentales desde hace tanto tiempo, y que todavía queden elementos útiles para la identificación regional y nacional, con posibilidades de recuperación y creación. Esto lleva a pensar que en el aparato cultural de las gentes en sus regiones —hasta llegar al nivel de caserío, barrio y comunidad— existen por lo menos dos clases de valores: los más acendrados y sustanciales, que podrían compararse con el almendrón de una fruta o la savia de un árbol; y los ajustables o marginales que, aunque van intrínsecamente envueltos con los otros, pueden modificarse por distintas causas sin que sufra el aparato cultural total.

La racionalidad propia del aparato cultural popular, su estructura y sabor específicos derivan de los valores sustanciales, y de éstos depende la versión especial que los grupos populares dan a la comunicación y sus niveles, como cuando el intelectual comprometido o el activista se

les acerca con mensajes de devolución del conocimiento o para recuperar la historia y la cultura.

¿Cuáles son, pues, esos valores sustanciales? Es posible que sean aquellos fundamentados en la especial visión del mundo (*Weltanschauung*) o filosofía de la vida que caracteriza a los grupos populares regionales menos contaminados, especialmente los que se articulan aún con la praxis original, como los campesinos, y los que han defendido el ancestral contacto con la naturaleza y ambiente regional específico. En últimas, éstos son los valores que se arraigan en creencias sobre lo sobrenatural y extracientífico, los mismos por los cuales se han armado guerras en el pasado, con los cuales se crean y destruyen mitos, se fabrican ideologías y movimientos, se conforman utopías. Son los que han hecho del hombre lo que es, los que le han dado a la historia su sentido teleológico.

La racionalidad de estos valores sustanciales parecería por lo tanto irracional, si le aplicáramos los criterios cartesianos sobre la Razón que nos han inculcado en universidades y academias, y sobre los cuales se ha construido la idea contemporánea dominante de ciencia. Pero se trata de una contextura racional diferente que tiene su propio lenguaje expresivo y su propia sintaxis. Para entender y llegar a los valores de este tipo racional popular es necesario sobreponerse a las barreras cognoscitivas dominantes y asumir actitudes vivenciales que sean tan extracientíficas como las de los grupos populares. Y, si se puede, lograr el dominio simultáneo de dos o más lenguajes científicos o niveles de comunicación diferentes.

Para empezar a adquirir esta vivencia popular y el dominio simultáneo de lenguajes diferentes que ello implica, quedan pocos caminos aparte de destacar estratégicamente la región y emplear las técnicas ya sugeridas cuando nos referimos a la investigación-acción radical, esto es, el empleo subversivo y crítico de la ciencia modesta y técnicas participantes (IAP).

Papel de minorías orgánicas especializadas

No es necesario imaginarnos cómo sería la estructura educativa formal en un país donde la llamada ciencia popular fuera hegemónica. Ya vimos lo ocurrido en dos casos históricos en los cuales se puede aducir que, políticamente, el proletariado advino al poder. Las diferencias con los sistemas formales científicos del pasado fueron mínimas. Sólo resultó necesario mantener el control de la estructura del Estado para que los nuevos esfuerzos educativos y científicos fueran congruentes con los intereses de las clases trabajadoras, y estimular tecnologías intermedias. Aun así, hubo necesidad de reconocer la continuidad del conocimiento y el papel de minorías orgánicas especializadas, para mantener el ritmo de la producción y elevar el nivel de vida de las poblaciones.

El hecho de que deba haber minorías para sostener este esfuerzo científico no significa que toda la estructura institucional se conciba casi exclusivamente para formarlas y sobreeducarlas, como ocurre ahora. Hemos dicho que los principales retos en este campo provienen del intercambio teórico-práctico directo con las bases regionales explotadas por el capital. Derivan de una ciencia crítica e integrada, modesta y realista. No provienen del diálogo cerrado dentro de una élite de científicos sofisticados con orejeras profesionales, que puedan llegar a determinar el sexo de los ángeles. La potencialidad de la investigación-acción radical reside precisamente en el desplazamiento que promueve de los recintos universitarios al terreno concreto de la realidad. Este tipo de investigación rompe los esquemas clásicos de la academia al desconocer las diferencias entre sujeto y objeto de estudio. Lleva a que los letrados desciendan de las torres de marfil y queden sujetos al juicio de idoneidad que imparten las comunidades en que viven y trabajan, y no dependan necesariamente del de los decanos y rectores.

Recordemos que en esa forma funcionaban en el siglo XIV las primeras universidades en París y en Uppsala, con

grupos pequeños de maestros y estudiantes en casas particulares, fuera de los conventos que monopolizaban el conocimiento, en talleres artesanales, en plazas y vecindarios donde se aprendía de la vida y se orientaba la enseñanza y la investigación a los problemas cotidianos de la comunidad. No había doctorados entonces, ni diplomas. Se sentía urgencia práctica del saber, y esta vivencia se compartía a nivel de base en formas simples, toleradas al menos por una buena parte del sistema social y político de entonces. Pero había personas más sabias y enteradas, de genio y chispa, que fueron guiando ese desarrollo, con su propia versión de la vivencia y del compromiso social.

La universidad en diáspora

¿Valdrá la pena pensar en nuevos tipos de talleres populares contemporáneos, dispersos en ciudades y en el campo, por fábricas y fincas, cada uno con su problemática especial, que formen técnicos y prácticos instrumentales de nivel intermedio, pero orgánicos con las clases trabajadoras? ¿Podremos concebir una universidad en diáspora que se juzgue según sus efectos sociales de conjunto y no por facilidades físicas? ¿Podremos articular, en esta forma y de manera permanente, el conocimiento teórico con la praxis?

¡Cuántas ventajas no tendría un plan educativo de este tipo! Desaparecerían las falsas divisiones creadas entre las ciencias (los conocidos departamentos profesionales, las academias y las especializaciones) y se fomentarían verdaderas actividades interdisciplinarias. Sabido es que los principales problemas contemporáneos, como los de la pobreza, el hambre, la destrucción ecológica, la explotación del hombre, la violencia institucional y general, exigen niveles complejos de análisis que desbordan las especialidades. Aparecerían entonces nuevos campos de acción científica y técnica vinculados directamente a necesidades comunitarias urgentes, y no para que sigan benefi-

ciando a la burguesía enriquecida que viene arrasándolo todo. Y habría organizaciones, orientaciones y acciones mucho más democráticas, participantes y pluralistas que terminarían con la dictadura de organismos dogmáticos y con estados fascistas que quieren levantar cabeza, especialmente en el hemisferio americano.

Se vería así más claro lo que es un verdadero pueblo con su propia ciencia ejercitada como herramienta vital, para la defensa de su identidad, de sus intereses y de los valores sustanciales que lo animan, una ciencia levantada ya a la altura del saber.

BIBLIOGRAFIA

- Bettelheim, Charles. *Les luttes de classes en URSS*. Seuil/Maspero, París, 1977.
- Blumer, Giovanni. *La Revolución Cultural China*. Ediciones Peninsula, Barcelona, 1972.
- Deutscher, Isaac. *Trotsky, el profeta desarmado*. Ediciones Era, México, 1968.
- Fals Borda, Orlando. *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*, vol. I, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979-1980.
- Feyerabend, P. *Contra el método*. Ediciones Peninsula, Barcelona, 1974.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Ediciones Siglo XXI, México, 1970.
- Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Ediciones América Latina, Bogotá, 1970.
- Fundación Rosca. *Causa popular, ciencia popular*. Ediciones Rosca, Bogotá, 1972.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales (De cuadernos de la cárcel)*. Ediciones América Latina, Bogotá, 1976.
- Kuhn, T. H. *The Structure of Scientific Revolutions*. Macmillan, Chicago, 1970.
- Lewis, George L. *The Sociology of Popular Culture*. Current Sociology, vol. 26, No. 3 (Invierno), 1978.
- Mandel, Ernest. *La formation de la pensée économique de Marx*. Maspero, París, 1972.
- Mao Tse-tung. *Obras completas*. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968.
- Marx, Karl. *La miseria de la filosofía*. Ediciones Siglo XXI. Buenos Aires, 1971.
- Mills, C. Wright. *De hombres sociales y movimientos políticos*. Ediciones Siglo XXI, México, 1969.
- Nowotny, Helga y Hilary Rose, eds. *Counter-Movements in the Sciences*. D. Reidel Publishing Co., Dordrecht (Holanda), 1979.
- Radin, Paul. *Method and Theory of Ethnology*. McGraw Hill, New York, 1933.
- Simposio Internacional de Cartagena. *Crítica y política en ciencias sociales (2 vols.)*. Editorial Punta de Lanza, Bogotá, 1978.
- Wheelwright, B. L. y Bruce McFarlane. *Desarrollo y revolución cultural en China*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972.